



HISTORIA.

FRANCISCO PIZARRO.



A las dos de la tarde del 10 de Diciembre de 1824 firmaban generales españoles lejos del pátrio suelo una capitulación nada gloriosa tras una lucha poco tenaz y porfiada. Veíanse reducidos á tan duro extremo después de presentar en línea un día antes fuerzas muy superiores á las de sus contrarios en calidad, número y prestigio, producto de victorias anteriores y de la mas acreditada pericia de sus gefes. Una de sus columnas hi-

zo un movimiento á vanguardia fuera de tiempo: hubo tardanza en la asistencia de la artillería, compuesta de once cañones: sin motivo, ni pretexto abandonó la reserva una posición ventajosa: cuando debía maniobrar la caballería solo cuatro escuadrones se hallaban prontos á la pelea, y una victoria segura se cambió de repente en lamentable derrota. Aun no se ha habituado ningún juicio imparcial y severo á considerar tal cúmulo de desaciertos como obra del acaso ó azar de la adversa fortuna, y menos tratándose de tropas que durante cincuenta horas habian tenido espacio para cerciorarse de la inferioridad de los enemigos, contándolos desde su campamento hombre por hombre. Mucho contribuye á que la opinión pública sea desfavorable al crédito de algunos

Tomo I.—JULIO DE 1845.

19

que aparecen víctimas de aquel desastre, por nadie previsto, la circunstancia de preferir entonces militares valientes y entendidos á una fácil retirada un perjudicial convenio. Tal vez creían salir limpios de desdoro con asegurar sus personas y propiedades, y el reconocimiento de sus grados, si querían militar en las filas vencedoras, ó el importe de la travesía si anhelaban volver á sus hogares; y no reparaban que al rendir fortalezas de allí distantes y bien abastecidas, y poblaciones ni aun siquiera amenazadas, á continuación de lo acaecido en la refriega, autorizaban la interpretación no ilegítima, según cuyo testo el nombre de la llanura, donde hubo fin la dominación española sobre un rico y dilatado imperio, inspira la idea de un simulacro mas bien que de un campo de batalla. Al intentar un bosquejo de la vida de Francisco Pizarro ha oprimido nuestra mente el triste desenlace forjado en Ayacucho al magnífico episodio con que enriqueciera nuestros anales aquel ilustre estremo. Ya se nos alcanza que llamarnos todavía dueños de las vastas regiones por su intrepidez y arrojo descubiertas y conquistadas, después de patrocinar uno de nuestros mas famosos reyes la independencia de los Estados-Unidos, y de perdida en Trafalgar nuestra armada, sería una quimera, como es un oprobio haberlas perdido sin disputar el terreno palmo á palmo, y sin adquirir ventajas para nuestras mercancías. Mas pues no hay paralelo posible entre la España del siglo XVI y la España del siglo XIX, ceguemos el raudal de estéril llanto por los presentes infortunios, á fin de remontarnos en alas del pensamiento á la brillante esfera de las pasadas glorias.

Tan luego como Cristóbal Colón ilustró los fastos de la especie humana con su inmortal descubrimiento, empezó á servir la isla Española de escala á todos los que, engolfándose en mares recientemente conocidos, iban á realizar los ensueños de su fantasía en las regiones del ocaso. Allí era el centro donde se imaginaban empresas casi fabulosas; allí el punto de partida de inclitas hazañas, de nunca oídos riesgos, de temerarias aventuras; de allí salían con opuesto rumbo Diego Velázquez á regir la Isla de Cuba, Grijalba á explorar las costas de Nueva España, Hernán Cortés á conquistar su vasto territorio, y Alonso de Ojeda á recorrer diversas playas del continente, Vasco Núñez de Balboa á descubrir el mar del Sur y Francisco Pizarro á enseñorearse del opulento país del Cuzco. Cúpole en suerte á la provincia de Estremadura ser madre de casi todos estos esclarecidos varones. Natural el último de la ciudad de Trujillo, tuvo por padre al coronel Gonzalo Pizarro, que después de lidiar con denuedo en las guerras de Italia á las órdenes del gran Capitán, murió en el sitio de Amaya. Suponen algunos historiadores que al nacer Francisco Pizarro fue abandonado á las puertas de un templo, nutrido por una puerca y dedicado en su niñez á guardar pjaras de cerdos, hasta que habiéndosele desbandado un día temió volver á su casa y se dirigió á Sevilla con unos caminantes y de allí al Nuevo Mundo. Afirman otros que hizo sus primeros ensayos militares en las guerras de Italia y al lado del autor de sus días, antes de trasladarse á aquel territorio magnífico teatro de sus triunfos. Convienen to-

dos en que como hijo bastardo, aunque al fin reconocido y legitimado, su educación correspondía por lo descuidada á la humilde condición de Francisca González, su madre. Cual ella oscuro vivía en las Indias Occidentales cuando dispuso Ojeda su tercer viaje á Costa Firme, autorizado para la población y gobierno del país comprendido desde la mitad del golfo de Urabá hasta el cabo Vela. No pudo fijarse en Cartagena por la ferocidad de los Indios, y resuelto á saltar en tierra fundó el pueblo de San Sebastián sobre unas colinas situadas al Este del golfo. Sucumbían tristemente de hora en hora los españoles al veneno de las flechas, á los rigores del hambre y á las fatigas de un continuo desasosiego; ya desesperaban de la llegada de Enciso, socio de la empresa por ellos acometida; y á fin de acallar los murmullos del descontento, nuncios de la rebeldía, determinó Ojeda ir en persona á buscar el socorro apetecido, encomendando, mientras durase su ausencia, la dirección y gobierno de la colonia á Francisco Pizarro, no sin prevenirle que les dejaba en libertad de seguir el rumbo que mejor les cuadrara si á los cincuenta días no estaba de vuelta. Después de muchos contratiempos arribó Ojeda á la Española, donde supo la salida de Enciso, y donde le sobrecogió la muerte antes de adquirir otras noticias acerca de su paradero. Una vez cumplido el plazo no estuvo al alcance de Francisco Pizarro reprimir los clamores de sus camaradas á fin de abandonar aquel país de desventuras; mas solo había en la costa dos buques de poco porte y no proporcionaban cabida á sesenta españoles, único resto de los doscientos que tuvo á sus órdenes Ojeda. Resignáronse en tan doloroso trance á esperar que el hambre y las flechas disminuyesen el número de los fugitivos con el fin de que lograran salvación mas segura aquellos no señalados por el terrible dedo de la muerte. Cumplida bien pronto su desconsoladora esperanza encargó Pizarro del mando de una nave y dió el de la otra á un Flamenco, que se fue á pique con todos sus compañeros, sin que pudiera auxiliarle el animoso caudillo en lo recio de una borrasca. Ni una ráfaga de viento favorable hinchó las velas de aquel pobre bastimento para tomar la vuelta de la Española, antes bien fue arrastrado á las aguas de Cartagena, desde cuyo puerto distinguió Pizarro dos bajelos, en que traía Enciso ciento cincuenta hombres escogidos y las provisiones necesarias para fundar una colonia. Usando Enciso de la autoridad de jefe impuso el mandato de volver al pueblo fundado por Ojeda, no obstante los fatales informes de las gentes de Pizarro. Renováronse muy luego los padecimientos de los españoles á consecuencia de haber chocado en un escollo el barco en que iban todas las provisiones: acaso se arrepentía ya Enciso de su imprudente pertinacia, cuando un desconocido, con quien había tenido ocasión de mostrarse generoso, hizo memoria de que en el fondo de aquel golfo había visitado con Bastida al Oeste de un caudoloso río una población pequeña, si bien abundante en víveres y habitada por Indios que no tenían costumbre de emponzoñar sus flechas. Prestando todos agradable oído á la insinuación de Balboa, cruzaron el golfo, ancho de seis leguas, y reconocieron el río del Darién tal como aquel lo había descrito.

Es ageno de este lugar referir de qué modo se hizo jefe de Santa María la Antigua Nuñez de Balboa contra la firme voluntad de Enciso y las destempladas reclamaciones de Nicuesa, y á través de disturbios y discordias en que no figura el nombre de Pizarro: tampoco cumple á nuestro propósito detallar lo ocurrido en los tres años siguientes hasta dirigirse Balboa con una bergantín al territorio de Careta en pos del descubrimiento anunciado por el primogénito del cacique Comogro. Acompañábale Francisco Pizarro en calidad de su segundo, y juntos inspiraban aliento á los españoles delante de una cordillera de montañas de ancha base y de excelsa cumbre, como puestas allí por la mano del Omnipotente para resistir al doble empuje de encontrados mares: cubrian aquellas montañas bosques vírgenes, y de frondosa espesura, cortándolas á trechos pantanosos valles, porque allí es frecuente la lluvia y tan copiosa, que al desprenderse de las nubes parece como si espíritu invisible tendiera por la atmósfera un trasparente velo de agua. Después de luchar por espacio de veinte dias con las tribus indíauas y con las dificultades del terreno, descendia Balboa á una ignota playa, y metiéndose en las olas hasta la rodilla con la espada desnuda y la bandera desplegada, tomaba posesion del mar del Sur en nombre del Rey de Castilla. Inhumanamente sacrificado por Pedrarias Dávila, aquel español ilustre no se sacó ventaja de los preparativos hechos para proseguir la empresa bajo tan felices auspicios inaugurada. Andres de Morales en la expedicion que hizo de órden del gobernador de Panamá no pasó de la Isla de las Perlas: á uno y á otro sirvió en gan manera el esfuerzo, el valor y la experiencia de Francisco Pizarro. Hasta aqui nunca habia figurado ostensiblemente en primera linea: no obstante, contribuyendo á esclarecer la fama de otros capitanes, ninguno pudo oscurecer su alta capacidad, su incontrastable firmeza, sus instintos de mando, sus prendas para ejercerlo acertadamente y con provecho de la monarquía Española.

A los cartorce años de eminentes servicios prestados en el Nuevo Mundo y á los once de descubierta el mar del Sur, brotó en la mente de Francisco Pizarro la idea de lanzarse á nuevos peligros y de dar cima á lo empezado por Vasco Nuñez y á lo seguido por Pascual de Andagoya, quien, llegando hasta la boca de un caudaloso rio en la tierra de Biruquete, supo noticias del poder y opulencia de los monarcas de aquellos paises, de sus enconadas guerras y de las dificultades de penetrar en sus dominios. Muerto Juan Basurto, que habia obtenido de Pedrarias autorizacion para explorar aquel territorio, ya se tenia en Panamá por delirio pensar en adquirir gloria ni fortuna por tan trabajoso camino, cuando Francisco Pizarro se asoció con Diego de Almagro y el presbítero Hernando de Luque, seguro de salir airoso de tan árduo empeño. Al crédito de Pizarro fue debido que el gobernador de la colonia autorizase las pretensiones de la compañía, denominada por sus subordinados *de los locos*. Celebrado entre ellos formal convenio, cada uno aprontó sus pocos ó muchos caudales: Pizarro se encargó de lanzarse el primero á la gigantesca aventura:

Almagro de llevarle socorros y Luque de permanecer en Panamá á fin de velar por los intereses comunes y de influir en el ánimo de Pedrarias, conservándole propicio á sus proyectos. Provisto de una nave levó el ancla Pizarro del puerto de Panamá, con menos de cien hombres el dia 14 de Noviembre de 1524: hizo escala en la Isla de Boga, en la de las Perlas y en la de las Piñas hasta el rio que bañaba las tierras del cacique Biruquete, ya remontado en parte por Andagoya. Tres dias de penosas escursiones les dieron á conocer un pais lluvioso, de increíbles asperezas y estéril en productos, por lo que determinaron hacerse de nuevo á la vela, y diez leguas adelante visitaron otro puerto de perspectiva no mas halagüeña. Mústios, escuálidos y abatidos murmuraban los españoles de su jefe y tenian por temeridad insistir en una demanda infructuosa y de realizacion imposible, vista por el prisma de su decaimiento. Pizarro con el corazon henchido de fé y de valentía, cierto de que no siempre es la rigurosa energia el mejor atributo del mando, de índole flexible como se necesita á veces para que no se relajen los vínculos de la obediencia, consolaba á sus gentes y prometia abundantes riquezas en justo galardón de aquellas escaseces. Faltándoles ya hasta el pobre alimento de palmitos amargos y de inmundos reptiles, dispuso que Montenegro y algunos mas recorriesen las islas por si hallaban remedio á tanta miseria, y sirviéndoles de única provision un cuero de vaca y unos palmitos, quedó el capitán con el resto de sus fuerzas, cada vez menores, arrostrando las congojas del hambre y lo insalubre del clima. Nada podian exhortaciones ni promesas con personas cercanas á morir de inanición ó de los estragos de un nocivo sustento, y no obstante, se aficionaban á un caudillo, que construía por su mano barracas para los enfermos y acudia con solícito afán al alivio de sus dolencias, sirviéndoles refrescos y prodigándoles cariñosas palabras. Cierta dia, tomando por norte unas luminarias que se distinguian á lo lejos, pudo llegar Pizarro á una ranchería de Indios, que á su aproximacion apelaron á la fuga, cogiendo solo dos de ellos: volvía de allí con un poco de maiz y bastante cantidad de cocos cuando tuvo la felicidad de abrazar á Montenegro, cuyo hajel estaba cargado de provisiones. Acordaron unánimemente abandonar aquel sitio, denominándole *Puerto del Hambre* en memoria de la mucha que habian padecido. A otro punto de la costa dieron el nombre de *Pueblo Quemado*, por haber visto unas ollas, donde hervian pedazos de carne humana, y como avanzasen una legua tierra adentro descubrieron un lugar despoblado, si bien provisto de alimentos, y muy favorable su situacion sobre una montaña para resistir las acometidas de los Indios, mientras volvian algunos españoles á Panamá y se reparaban las averías del trabajado buque. Instigado Pizarro por su natural prevision, quiso que Montenegro reconociera aquella comarca con sesenta hombres: de ellos murieron algunos antes de que se intimidaran los Indios y les cedieran el campo, viendo la tenaz resistencia de unos pocos contra su apiñada y feroz muchedumbre, no en verdad para desistirse de las hostilidades, sino para caer de improviso sobre el pueblo, donde presumian ha-

berse quedado hombres inhábiles para la guerra por entornos y cobardes. Al aprestarse Pizarro á la impensada lucha supuso que Montenegro habia sido destrozado, pero su gran corazon nunca sobrecogido, impávido siempre, le condujo adonde mas peligro amagaba, alentando á los suyos con tan entusiastas voces y blandiendo sus armas con tal denuedo, que, persuadidos los Indios de que en la muerte de aquel hombre estribaba su triunfo, le acosaron en tropel numeroso y al son de formidable gritaría. Derribado por tan impetuoso empuje rodó una cuesta, y cuando á él corrieron sus porfiados acometedores ya embrazaba su rodela y esgrimia otra vez á pie firme su valerosa espada, conteniendo aquella multitud salvaje, al fin dispersa y fugitiva con la oportuna presencia de Montenegro. Mal herido Pizarro tuvo por todo regalo y medicina aceite quemado contra el veneno de las flechas. Desalojaron pueblo y costa de albergue tan inseguro, y acercándose á Chinchama, sitio no muy lejano de la colonia, fue despachado á ella Nicolás de Ribera, tesorero de la compañía, para que refriese lo acaecido y ponderase la esperanza de hallar paises opulentos. A su arribo á Panamá ya habia salido Almagro en busca de su sócio con sesenta y cuatro españoles, y despues de perder un ojo destruyendo á los Indios en Pueblo Quemado, y de reconocer diversos rios y algunas poblaciones, le halló al fin en Chinchama. Ambos se dieron mútua cuenta de sus peligros y aventuras, y pensando lo que convenia hacer para el mejor éxito de sus planes, fue parecer comun que Almagro volviera á Panamá por refuerzos. Hizolo así chocando en el escollo de la mala disposicion de Pedrarias á favorecer su empresa, si bien consiguió ablandarle Hernando de Luque con ofrecerle participacion en las ganancias, sin que hiciera ningun desembolso, y con no oponerse al nombramiento de un adjunto que vigilase de cerca las operaciones de Pizarro; nombramiento que hubo de resentirle aun recayendo en Almagro su camarada y amigo. Otra vez juntos enderezaron su rumbo al rio de San Juan, ya reconocido por uno de ellos: brindóle un pueblecillo, de que se apoderaron, varias provisiones y algo de oro; circunstancia que indujo á Pizarro á residir allí con el grueso de su gente, mientras Almagro volvia á Panamá por mas socorros. A nuevas y duras pruebas estuvo espuesta la autoridad del indomable caudillo entre las amargas quejas y hondas maldiciones que arrancaba á sus subordinados la perspectiva poco grata de un pais montuoso, lleno de cienagas y plagado de mosquitos. Hacia frente á los disgustos y contratiempos de situacion tan embarazosa con la firmeza de su corazon, que no le permitia desistir de su noble empeño, y con la dulzura de sus palabras, que entretenia y aun atajaba las murmuraciones de los descontentos.

Acertado anduvo en elegir al piloto Bartolomé Ruiz para que montando el buque de que eran dueños, reconociese la tierra costa arriba: así alentaba á sus gentes con la esperanza de recibir por un lado mayores fuerzas y por otro la noticia de importantes descubrimientos: esta vez vino la fortuna á convertir en realidades sus promesas. Ruiz habia descubierto la isla del Gallo,

la bahía de San Mateo y la tierra de Coaque hasta la punta de Pasaos, trayendo consigo algunos Indios de Tumbez, alcanzados en una balsa con alhajas de oro y plata y otros objetos trabajados no sin industria: de su boca habia averiguado la grandeza y poderío de su rey Huayna-Capac y de la Sede imperial del Cuzco. Almagro arribaba de Panamá con armas, caballos, medicinas y cincuenta soldados, á pesar del descrédito de aquella compañía en la colonia, ya gobernada por el cordovés Pedro de los Rios.

Algo mas animados los españoles fueron conducidos por su gefe á la Isla del Gallo y á la bahía de San Mateo: abundaba el pais en alimentos sanos; mas sus feroces naturales oponian un obstáculo invencible á la permanencia de tan escasa hueste, por lo que manifestaban muchos españoles su anhelo de volver á Panamá, mientras no reunian suficientes fuerzas para emprender la conquista. Afeábales Almagro su ruin pensamiento con tan destempladas frases, que Pizarro hubo de salir en defensa de los querellosos solo para acallar sus clamores y granjearse mas su estimacion y respeto. No de otro modo se concibe que un hombre de su constancia y de su arrojo se lamentase de las privaciones y fatigas que habia padecido, quedándose en aquellas tierras, en tanto que Almagro iba y venia de Panamá con pretexto de traer socorros. De aquí se originó una disputa cortada por el piloto Ruiz y el tesorero Rivera, y concluida con un fraternal abrazo de los dos sócios y amigos. De resultas volvieron á la Isla del Gallo, y reservándose allí Pizarro ochenta y cinco hombres, hizo Almagro otro viaje á Panamá con el fin de reclutar gente. Uno de los que le acompañaban era portador de un ovillo, dentro del cual iba la siguiente copla:

Pues, Señor gobernador,
mírelo bien por entero,
que allá vá el recojedor
y aquí queda el carnicero.

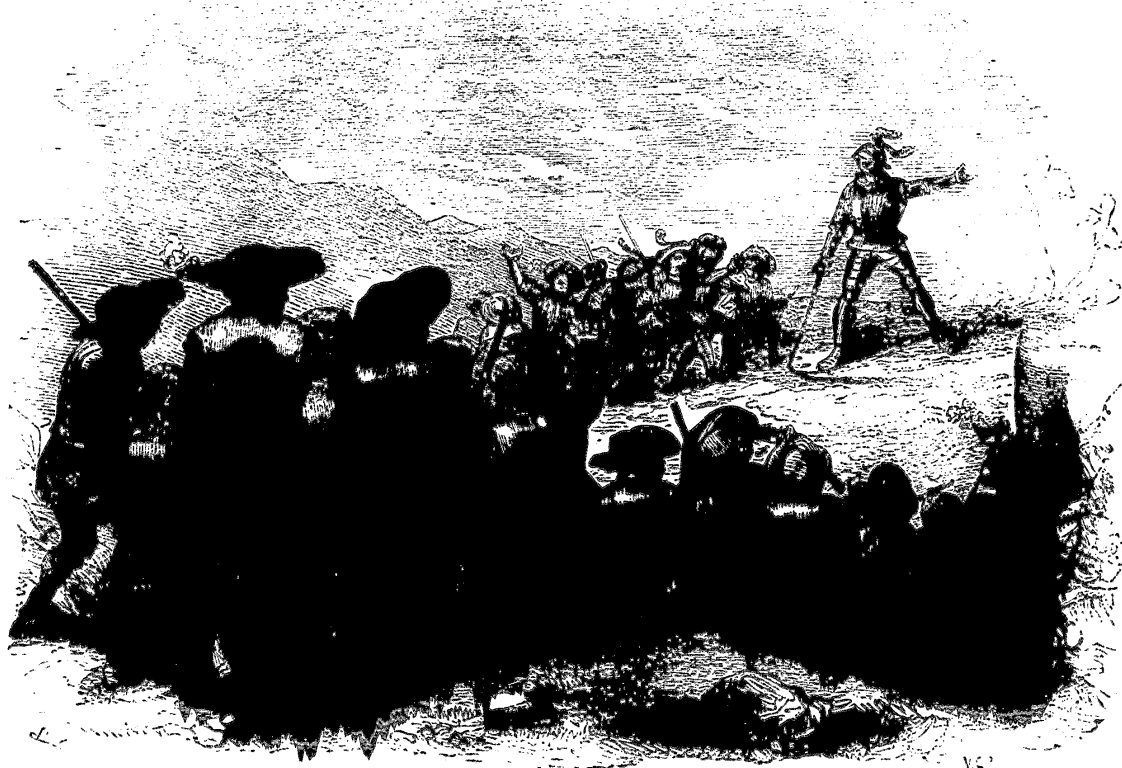
Este sagaz aviso produjo su efecto, pues Pedro de los Rios envió al licenciado Tafur, paisano y dependiente suyo, con dos bajeles en busca de aquellos desventurados, víctimas del desaliento.

Recibido fue Tafur en la Isla del Gallo como ángel de salvacion por la atribulada falange española. Diferente acogida le hizo Pizarro: no le opuso, ni hubiera podido oponerle resistencia; mas resuelto á mantenerse firme, segun lo escribian sus dos compañeros, desenvainó su espada y trazando en el suelo una raya de Este á Oeste; despues de manifestar que á la parte del Sur les aguardaban inmensos trabajos, penosas privaciones, terribles peligros, abrumadoras fatigas y en galardón abundantes riquezas, y que del lado del Norte estaba el camino de los que pobres de espíritu se avenian á serlo de fortuna, pasó el primero la raya, imitando su heroismo solo trece hombres.

Muchos meses permaneció con ellos en la Isla de la Gorgona, distante seis leguas de la del Gallo: sus angustias escudieron con mucho á las ya padecidas. Con las malas nuevas llevadas á Panamá por Tafur y los deserto-

res de la aventura de Pizarro, no pudo su sócio enviarle otra cosa que un bastimento con provisiones y la intimacion del gobernador de presentarse en la colonia despues de transcurrido medio año á dar cuenta de sus descubrimientos. Hízose inmediatamente á la vela: reconoció á los veinte dias la Isla de Santa Clara, entre Tumbes y la de Puna; avanzando al dia siguiente descubrió

unas balsas de Indios que iban á lidiar con los de esta última Isla; obligóles á que le llevasen á la playa de Tumbes, dándoles allí libertad y encargo de manifestar á sus señores como iba decidido á vivir en buena armonía con todos. Ansioso el cacique del pueblo de conocer á los españoles quiso enviar á bordo del buque á un peruano, el cual distraído y suspenso con las maravillas que escu-



chaba de boca de Pizarro estuvo á su lado desde la mañana hasta la caída de la tarde, volviendo en fin al lugar colmado de obsequios y con regalos para su cacique y acompañándole á instancias suyas Alonso de Molina y un negro. A su vista dieron los Indios señales de natural extrañeza: no le causó poca á Molina recorrer un pueblo bien ordenado y abastecido, con su templo, sus acequias y sembrados. De tal modo lo ponderaba, ya de vuelta en el barco, que no atreviéndose Pizarro á prestar fé á sus encarecimientos, dispuso que saliese á tierra Pedro de Candia, hombre mas agudo y de mas experiencia, quien despues de visitar el pueblo y sus contornos hizo una descripcion pomposa y equivalente á la formulada por Molina.

Convencido ya Pizarro de la opulencia de aquel territorio, y aun no contento con lo explorado siguió adelante hácia los puertos de Payta, Tangarala, Santa Cruz, y

el pais donde mas tarde habia de echar los cimientos de las ciudades de S. Miguel y de Trujillo hasta el cabo de Santa Elena. Desde allí determinaron tomar la vuelta de Panamá para disponer los medios de dominar aquella tierra, donde se quedaron voluntariamente Molina, y dos marineros llamados Ginés y Bocanegra.

A su nuevo tránsito por las costas veíanlas pobladas de Indios, allí congregados por el rumor esparcido entre sus tribus de como surcaban aquellos mares unos hombres desconocidos, que no hacian daño á nadie. Hábil Pizarro propendia únicamente entonces á no engendrar ninguna sospecha en el ánimo de aquellos naturales: recibia con agrado las provisiones que le facilitaban á porfía; les hablaba de las grandezas de Dios, de la excelsitud del Santo Padre, y del poder del Rey de España, y ellos oían no sin embeleso prodigios superiores á su comprension escasa. Habia tenido especial cuidado de recomen-

dar á los suyos que no se mostrasen avarientos de oro, y fielmente obedecido pudo volver á Panamá despues de tres años de esploraciones, dejando bien preparada la simiente de su conquista.

Sordo Pedro de los Rios á las instancias de Pizarro y de sus sócios, carecian de fondos y de gente para continuar su empresa: se resolvieron á acudir á la corte de Castilla como último recurso, y aunque Pizarro resistia tomar á su cargo comision tan delicada, cedió en fin al amistoso ruego, y arribó á Sevilla en Mayo de 1528 con varios Indios y algunos de sus camaradas. Por una triste coincidencia fue la cárcel el primer hospedaje del noble español que acudia á las plantas de su Soberano á darle cuenta de los inmensos servicios que habia prestado á su corona, y á anunciarle las ventajas que prometian las apartadas regiones de donde venia. Poco tiempo estuvo encerrado, á pesar de las peticiones de Enciso, pues noticioso el Rey de su llegada mandó que sin tardanza se le presentase.

Residia á la sazón en Toledo el Emperador Carlos V, y en su alcázar oyó compadecido la relacion minuciosa de los indecibles padecimientos de unos pocos españoles, hecha por Francisco Pizarro con elocuente naturalidad, y revestida con el mágico interés que acostumbraba á dar á sus frases. Ayudáronle al buen suceso de sus pretensiones lo discreto de sus dichos y lo agradable de su presencia: obtuvo para sí el gobierno y capitania general de doscientas leguas de costa en la Nueva Castilla, el Hábito de Santiago, nuevos timbres para sus blasones y los títulos de adelantado y alguacil mayor de la tierra: para Almagro la Alcaldía de la fortaleza de Tumbez, el gobierno del país si Pizarro le precedia al sepulcro, la legitimacion de un hijo bastardo, y la ejecutoria de nobleza: para Bartolomé Ruiz el título de piloto mayor del mar del Sur, y el de escribano de la ciudad de Tumbez para un hijo suyo; para Hernando de Luque el obispado de Tumbez y el protectorado general de aquellos Indios: para Pedro de Candia el nombramiento de capitán de artillería; para sus ínclitos compañeros de la isla de Gorgona la hidalguía á los plebeyos, y la espuela dorada á los nobles.

Táchase generalmente á Francisco Pizarro de haber procedido con fé pérfida en la solicitud de estas mercedes, pues se avino en Panamá á pedir para Almagro el adelantamiento de la Nueva Castilla, y despues quiso para sí esta investidura. Semejante conducta tiene otra explicacion mas verosímil en el anhelo de someter á la corona de España dentro de breve plazo el territorio descubierta. Pizarro veia en Toledo á Hernán Cortés, su paisano y antiguo camarada, ya de vuelta de su conquista: escuchaba de su boca cuantos obstáculos habia tenido que vencer en el curso de su célebre empresa, opuestos mas que por la resistencia de los Indios, por la loca ambicion de algunos españoles: era testigo de la ingratitud con que pagaba el soberano al conquistador de Nueva España, de la ruindad con que escatimaba su gobierno justas recompensas á sus méritos imponderables; y á fin de evitar en circunstancias análogas iguales resultados, hizo cuanto pudo por centralizar el mando, y establecer uni-

dad de accion, no en perjuicio de su compañero, sino en ventaja de la conquista. Pedir la autoridad absoluta para Almagro hubiera sido una abnegacion imposible: reservarla para sí propio argüia una ambicion estrechada; sin tenerla en grado sumo no se acometen empresas de tal calibre.

Firmadas las capitulaciones en Toledo á 26 de Junio de 1529 y comprometido por ellas Francisco Pizarro á salir de España antes de seis meses, provisto de las naves y municiones para 250 hombres, se dirigió á Trujillo, su patria, y de allí á Sevilla con sus cuatro hermanos, Hernando, Gonzalo, Juan y Francisco de Alcántara, cuyos haberes en venta no produjeron lo bastante para llenar las condiciones acordadas en la corte. Estaba próximo á espirar el plazo, y se disponia la casa de contratacion de Sevilla á inspeccionar los preparativos de Pizarro, cuando este, por no perder en un solo día el fruto de tantos padecimientos y amarguras, apeló al oportuno ardid de desaparecer del puerto con una carabela, advirtiendo á Hernando que si eran reconocidas las naves, dijese como él habia salido á la mar con lo que allí se echaba de menos. Logró así eludir la vigilancia del gobierno, y despues de aguardar en la Gomera á sus hermanos y al resto de su gente, llegaron á Panamá sin notable contratiempo.

Manifestóse quejoso Almagro en su entrevista con Pizarro de que hubiera atendido poco á sus intereses, si bien hubo de convencerse de que la gobernacion no debia darse mas que á uno, y de que el territorio del Perú tenia estension suficiente para contentar la ambicion de todos, lo cual permitia á Almagro obtener una gobernacion, que empezára donde acabase la de su compañero antes de que este solicitara nuevas mercedes para sí ni para sus hermanos. Tres lo eran de padre, Hernando legítimo, bastardos los otros, Francisco de Alcántara solo de madre. Soberbio Hernando mas que ninguno, flexible, valeroso y de superior talento, no hubiera querido avenencia con Almagro, á quien desde luego tomó ojeriza, pareciéndole hombre de tan mala condicion como figura y despreciable para gefe. Cualidades poseia Almagro propias á destruir el no buen efecto producido por su ruin persona. Mas á pesar de ellas Hernando siguió odiándole sin tregua y trabajando por su pronta ruina.

Con tales elementos de discordia, templados y adormecidos, gracias al influjo del Obispo Luque y del licenciado Espinosa, se activaron los preparativos de la expedicion, ya intentada por Pedro de los Rios, residente en Nicaragua, mientras se hallaba en Europa Pizarro, á quien la Providencia habia reservado milagrosamente la gloria de dar cima á lo comenzado con tal constancia y ardimiento.

Decidido que Almagro quedara en Panamá como de costumbre á fin de enviar gente, provisiones y pertrechos, se hizo á la vela el gobernador Pizarro con tres buques al frente de ciento ochenta y tres hombres. Siéndoles contrario el viento Sur, frecuente en aquellas regiones, determinaron tomar tierra cien leguas antes de Tumbez en la bahía de San Mateo. Acontecia esto á principios de 1531.

Hasta aquí hemos visto á Francisco Pizarro animoso al encargarse de la parte mas difícil del colosal proyecto acordado con Almagro y Luque; hábil en apaciguar con blandas espresiones las quejas y lamentos de su gente; sufrido en las penalidades; impasible en los peligros; superior á toda alabanza en el momento de trazar con la punta de su acero una línea que le diera á conocer cuan pocos eran dignos de militar bajo su mando; prudente al acon-

sejar á los suyos que no se mostrasen avarientos de oro á fin de grangearse la voluntad y el afecto de los Indios; simpático y discreto en la corte; sagaz y flexible donde quiera. Hemos dado á conocer en suma al hombre de las exploraciones; nos falta estudiar ahora al hombre de la conquista.

A. FERRER DEL RÍO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XVII.

INTRODUCCION.

No hay persona de mediana instruccion en España que no haya leído la famosa obra de *los caracteres* con la cual adquirió el nombre de *Teofrasto francés* Juan de Labruyère: nosotros hemos tenido tambien nuestro Teofrasto, anterior por cierto al de nuestros vecinos, y apenas hay quien se acuerde hoy ni del escritor ni del escrito. D. Juan de Zavaleta, natural de Madrid, cronista que fue de la majestad católica de Felipe IV, y autor de varias comedias de poco mérito, de una *Historia del Conde Matísio*, de otra del *Emperador Cómodo*, de otra de *Nuestra Señora de Madrid*, de unos *Problemas de filosofía natural acompañados de consideraciones morales*, y de un opúsculo del mismo género que tituló *Errores celebrados*, dió á luz en el año de 1654 el cuadro de costumbres á que aludimos, intitulado: *El día de fiesta por la mañana en Madrid*, que adicionó con *El día de fiesta por la tarde*, cuya publicacion no tuvo lugar hasta 1659, veinte y ocho años antes que Labruyère imprimiera su libro. El objeto que Zavaleta se propuso parece que, principal ó esclusivamente, fue moral y religioso, pues trató de manifestar que una gran parte de los fieles cumplian mal con el precepto de santificar las fiestas; pero para probar su aserto, convencer á los acusados y conseguir su enmienda, se tomó el trabajo de averiguar y describir minuciosísimamente las ocupaciones ordinarias de sus contemporáneos en el día de huelga; y como tal día es cuando cada individuo de la sociedad quedando libre de las tareas que le sujetan en el transcurso de la semana, se entrega á sus inclinaciones favoritas, mostrándose con su carácter propio; resulta naturalmente que Zavaleta, sin haber quizá pensado en ello, representó á la sociedad española de su época mucho mas fiel y exactamente que los novelistas y autores dramáticos, porque estos pintan por lo regular cuadros de invencion, y Zavaleta no inventa, sino que retrata. Y de tal manera retrata, que desde que el vecino de Madrid despierta y se viste, hasta que por la noche se restituye al lecho, Zavaleta le espía todas las acciones y palabras, pensamientos y pasos; nos cuenta cómo se mira el galán, cómo se adereza la dama, su porte por la calle y en misa, los lances de una casa de juego, las particularidades de una visi-

ta, los desórdenes de una partida de campo, las ocurrencias de una representacion teatral, el afán continuo de un linajudo, y la cháchara insufrible de un galanteador de oficio que emprende con todas. *El día de fiesta* es el *Panorama matritense* del siglo XVII, ó los *españoles del tiempo de Felipe IV*, pintados por uno de ellos. Ahora bien: ¿cómo es que una obra de este género tan interesante y amena yace hoy olvidada? Tres razones pueden señalarse á nuestro parecer: el cambio verificado en nuestras costumbres desde principios del siglo último, la afición suscitada entre nosotros desde entonces á la literatura estrangera, de mejor gusto que la nuestra bajo algunos conceptos, principalmente la pesadez de la obra de Zavaleta. Dominado por la mania de filosofar, y olvidando que es perdida (porque no se lee) la doctrina que cansa, empedró sus artículos descriptivos con reflexiones morales, políticas y religiosas en tanta abundancia, y tan impertinentes las mas, que no hay paciencia bastante para resistir la lectura de un capítulo entero. La filosofía del tiempo de Zavaleta, sin entrar en el exámen de si es buena ó mala, no es la de ahora: júzguese ¿cómo podrá gustar en el día un escrito en que con una filosofía, que ya no es de moda, discurre el autor gravemente sobre cosas tan frívolas como por ejemplo, el apretarse las ligas un elegante, el atarse el pelo con una cinta los que van á jugar á la pelota y las causas porque el hombre se queda calvo? *El día de fiesta* de D. Juan de Zavaleta no se lee ya porque no se puede leer. Sin embargo, la parte descriptiva cada día se hace mas preciosa por la noticia que nos dá del modo de vivir de nuestros antepasados: bajo este aspecto *El día de fiesta* es un monumento tanto mas interesante cuanto que es casi el único de su especie: esta consideracion nos ha sugerido la idea de entresacar algunos capítulos y publicarlos en este periódico, pero no íntegros, sino purgados de la parte filosófica indigesta, bien que dejando en su lugar las consideraciones mas oportunas y conservando todo lo perteneciente á la pintura de personas, lances y caracteres. Esta mutilacion que estropearia á otro autor, en nuestro concepto hace ganar mucho á D. Juan Zavaleta: su estilo sentencioso y cortado consiente esta especie de poda sin que parezca que al árbol se le han quitado ramas.

El público juzgará del acierto ó desacierto de esta idea que puede tener algo de temeraria: lo que nos parece que no admite duda es que para un periódico adornado de láminas *el día de fiesta* es un testo muy á propósito, porque cada uno de sus capítulos ofrece asunto para muchas, que unidas á las descripciones del autor y conformes con ellas, proporcionarán á nuestros lectores una galería de trages españoles del siglo XVII, acompañada de documentos irrecusables.

J. E. HARTZENBUSCH.

CAPITULO I.

El Galan.

Despierta el galan el día de fiesta á las nueve del día atado el cabello atrás con una colonia: pide ropa limpia, y dándsela limpia y perfumada. La limpieza es precisa: los perfumes son escusados. Dícele á un criado que le dé de vestir, que otro vaya á llamar al barbero y al zapatero. Pónese un jubon cubierto de oro, porque es constitucion de la gala cuidar mas del adorno interior que del esterior. Cálzase luego, y pónese unas medias de pelo tan sutiles, que despues de habérselas puesto con grande cuidado, es menester cuidado grande para ver si las tiene puestas. Si es fealdad no estar calzados, ¿cómo se calzan los hombres de manera que parece que andan descalzos? Yo no sé cómo hay en el mundo quien se ponga medias de pelo, porque ha menester andar con mas cuidado que si trajera las piernas de vidrio: las guarniciones de las faldas de las mugeres se las amedrentan, las conteras se las asustan, y los pies de las sillas se las espantan. Ajústase, en fin, las medias nuestro Galan á las piernas, con unos ataderos tan apretados, que no parece que aprietan, sino que cortan. Pónese en pié, pregunta si ha venido el zapatero, ó el barbero; pero ni el barbero ni el zapatero parece. Pide el chocolate, por esperar con menos fastidio, y traénle el chocolate.

Entra el zapatero oliendo á cansado. Saca de las hormas los zapatos, con tanta dificultad como si desollara las hormas. Siéntase en una silla el Galan, híncale el zapatero de rodillas, apodérase de una pierna con tantos tirones y desagradados, como si le enviaran á que le diera tormento. Mete un calzador en el talon del zapato, encapíllale otro en la punta del pié, y luego empieza á guiar el zapato por encima del calzador. Apenas ha caminado poco mas que los dedos del pié, cuando es menester arrastrarle con unas tenazas, y aun arrastrando se resiste. Pónese en pié el paciente fatigado; pero contento de que los zapatos le vengán angostos; y de órden del zapatero dá tres ó cuatro patadas en el suelo con tanta fuerza, que pues no se quiebra, debe ser de bronce. Acocados, dan de sí el cordoban y la suela: pellejos en fin de animales, que obedecen á golpes. Vuélvese á sentar el tal señor, dobla hácia fuera el copete del zapato, cójele con la boca de las tenazas, hinca el oficial junto á él en ambas rodillas, afirmase en el suelo con la mano izquierda, y puesto de bruces sobre el pié, hechos arcos los dos dedos de la mano derecha que forman el gеме, vá con ellos ayudando á llevar por el empeine arriba el cor-

doban, de quien tira con las tenazas su dueño. Vuelve á ponerse en una rodilla como primero estaba, empuña con la mano la punta del pié, y con la palma de la otra dá sobre su mano tan grandes golpes, como si los diera con una pala de jugar á la pelota; que es la necesidad tan discreta, que se hace el pobre el mal á sí mismo, por no hacerle á aquel de quien necesita. Ajustada ya la punta del pié, acude al talon, humedece con la lengua los remates de las costuras, porque no falseen las costuras de secas por los remates. ¡Tremenda vanidad, sufrir en sus pies un hombre la boca de otro hombre, solo por tener aliñados los pies! Desdobla el zapatero el talon, dále una vuelta con el calzador á la mano, y empieza á encajar en el pié la segunda porcion del zapato. Manda que se baje la punta, y hácese lo que manda. Llama hácia el zapato con tal fuerza, que entre su cuerpo y el espaldar de la silla abrevia torpe y desaliñadamente al que calza. Dícele luego que haga talon, y el hombre obedece como un esclavo. Ordénale despues que dé en el suelo una patada, y él dá la patada como se le ordena. Vuelve á sentarse, saca el cruel ministro el calzador del empeine, y por donde salió el calzador, mete un palo que llaman costa, y contra él vuelve y revuelve el sacabocado, que sacándolos del cordoban para que entren las cintas, deja en el empeine del pié un dolor y unas señales, como si hubieran sacado de allí los bocados. Agujerea las orejas, pasa la cinta con una aguja, lleva las orejas á que cierren el zapato, ajústalas, y dá luego con tanta fuerza el nudo, que si pudieran ahogar á un hombre por la garganta del pié, le ahogara. Hace la rosa despues con mas cuidado que gracia. Vuelve á devanarse á la mano el calzador que está colgando del talon, tira del como quien retoca, dá con la otra mano palmadas en la planta como quien asienta, y saca el calzador, echándose todo hácia atrás. Pone el Galan el pié en el suelo, y quedase mirándole. Levántase el zapatero, arrasa con el dedo el sudor de la frente, y queda respirando como si hubiera corrido. Todo esto se ahorra con hacer el zapato un poco mayor que el pié. Padecen luego entrambos otro tanto con el pié segundo. Llega el último y fiero trance de darle el dinero. Recoje el oficial sus baratijas. Recibe su estipendio, sale por la puerta de la sala mirando si es buena la plata que le han dado, dejando á su dueño de movimientos tan torpes, como si le hubieran echado unos grillos.

Entra el barbero dando prisa desde que entra: pide lumbré para los hierros, y dice que pongan el escalfador en la lumbré. Siéntase el Galan en una silla, y en sentándose pierde el dominio de su cuerpo, porque no se puede menear sino hácia donde el barbero le manda. Pónese un peinador muy plegado, que es lo mismo que ponerle unas enaguas por el cuello. Rodea una tohalla al cuello del peinador, en forma de muceta, ajústale bien detrás de las orejas el cabello, echa el agua vaheando en la vacía, encájale por la muesca la vacía en la garganta y déjale la cabeza como cabeza de degollado que llevan de presente. Empieza á bañarle, oliéndole las manos á lo que almorzó, y nunca es bueno lo que almuerza. Salpícale con la legía los ojos, y deslízansese por entre los dedos algunos chorros hácia la boca. Ruédale el jabon por la cara, y déjale

la cara de pícaro de carnestolendas. Desahógale de la vacía; saca una navaja del estuche, límpiela por ambas haces en la palma de la mano izquierda como quien la afila, y empieza á raerle con ella el rostro. Córtale un poco en un carrillo, y póncele el dedo de en medio de la mano que gobierna la cabeza, como que afirma sobre la cortadura, por quitarle la sangre con el dedo; esta atención dura hasta que vuelve á bañarle, que entonces se limpia la sangre de todo punto. Báñale segunda vez, repásale con la navaja, y por quitarle bien los pelos del perfil del labio inferior, le mete dos ó tres veces el dedo en la boca, y echá de ver que es bobo en que se lo sufre. Refréscale la cara con agua fría, y cojiéndola con la tohalla entre sus dos manos, se la enjuga. Mira si estan los hierros bien puestos en la lumbré, y reconoce que estan bien puestos. Desenvaina un peine y unas tijeras del estuche, y parte al miserable paciente, abriendo y cerrando en el aire las tijeras. Arremángale las narices con el dedo pulgar de la mano en que lleva el peine, y con las tijeras que lleva en la otra se las desenzarza. Corre luego á las orejas, y escómbrales. Anda de aquí para allí despuntando pelos. Sacude al fin en el peine las tijeras: encaja el peine en su cabello, deposita las tijeras en la pretina. Arrebata, como quien se quema, los hierros de la lumbré, y échalos por los anillos en el agua que quedó en la vacía: huye el calor, quejándose, del sitio que el agua moja. Riega lo que resta hasta el fiel, y hace con los rocíos el hierro caliente el mismo ruido que hacen los que labran sombreros. Empúñalos, sacúdelos, enjúgalos, examínalos y embiste á los mojados bigotes con el mismo arrojamiento que si estuviera aquel cuerpo difunto. Válos el hierro tirando y el calor endureciendo. Después de muchas tenazadas, los deja tan arrimados al rostro y tan aguzados de puntas, que mas parecen fingidos con un pincel, que aliñados con un hierro. Cobra de su pretina las tijeras y del cabello el peine, acude al pelo que se desmanda, y córtale. Escudriña todo el rostro por ver si falta algo, y déjale como vé que no falta. Trae el espejo, bésale, entrégale, y mientras el Galán se mira, le vá desamortajando: en esto se echá de ver, que resuscita quien sale vivo de aquel tormento. Sacúdele de la garganta con el peinar los pelos pegados; dícele al paciente que le guarde Dios, y recoje el espejo. Junta sus trastos, toma su capa, carga con ellos, recibe la satisfacción y váse como quien huye.

Yo no digo que se puede excusar el quitarse un hombre la barba; pero digo que se la quite, pues es trabajo, un día de trabajo, y que se la quite sin tantas prolijidades. Muy bien parece un hombre limpio, muy mal parece afeitado. Sin barba erizada está agradable, con los bigotes muy en orden tiene la cara de retrato. El bigote limpio y desparramado significa hombre; guiado y forzado con el hierro, significa hombre que pone cuidado en su hermosura. Si en una muger parece demasiado desvelo rizarse, ¿qué parecerá en un hombre labrarse los bigotes? ¿Qué parecerá haciéndose ambas cosas con un mismo instrumento y para un mismo fin? Los mas lo hacen:—los mas lo yerran. Muchos lo dejarian de hacer, sino lo hicieran los mas. Fuerte error es sujetarse un hombre á

traer su cara al antojo ageno: y aun esta imitación no era tan culpable, si los que estos usos empiezan fueran hombres de peso; pero ordinariamente les dá el principio la juventud galanteadora. ¿Qué dichosa fuera la república en que se guardaran las leyes como los usos!

Lávase luego las manos porque esten blancas, debiendo cuidar de que esten limpias, no de que esten blancas. Pónense luego la golilla, que es como meter la cabeza en un cepo, tormento inescusable en España. Está la golilla aforrada en blanco, por dejar de la valona no mas de algunos visos. Estréchase en la ropilla, muriendo por quedar muy entallado. No hay hombre mozo, que desde el remate de los pechos á la cintura, no quisiera caber en un cañuto. Arquéase las costillas tanto, que no sé cómo no saltan. Abolla y arruga el estómago. Esto lo debió de inventar algun mezquino, por comer á menos costa, cabiéndole menos. Ensangosta de manera el camino de la respiración, que entra y sale de tres veces el aire que habia de entrar y salir de una. Intenta ceñirse con la pretina el vientre, y está forcejeando un gran rato con la pretina, para juntarla por los dos estremos. Enes-tando con toda esta fuerza metido en cintura, desenlaza la colonia, que le aprisionaba el cabello. Toma el peine de desenredar, y derrama en ondas por los hombros la guedeja. Echa la cabeza hácia atrás para peinarse, que es lo mismo que echar á rodar el juicio: aplica luego los menudos dientes del peine de pulir, y deja de por sí cada hebra. Vuelve á tomar el peine mas vacío, y abuécase la melena en forma de espuma: déjala hecha un golfo con quien juega el viento. Toma la espada y pónesela, que era harto mejor no ponérsela; y si no, díganme, ¿contra quién se ponen en la paz las espadas los hombres? Contra el que vive en su tierra, contra su vecino, muchas veces contra su amigo, algunas contra su pariente, y alguna contra su hermano. Si á lo arrebatado de la ira le ponen á la mano instrumentos, ¿qué atrocidades no hará la ira?

Nuestro Galán en fin, se puso su espada, y esa con la vaina abierta; que tambien debe de entrar en la gala dar á entender un hombre que anda fácil para una penden-cia, y debe de ser parte del bien parecer, parecer que no se teme á la justicia. ¡Gentil gala la que se compone de culpas!

Pónese un criado en los hombros la capa de bayeta rodeada toda de puntas al aire, cuajado el cuello y los escudos, tan erizada por donde quiera, que dá miedo tocarla con la mano. Mas ¡si tuviese pretensiones de rosa quien se embravece de puntas! Toma luego el sombrero de castor, labrado en París, negro y luciente como el azabache, de precio tan crecido, que con lo que él costó, pudieran tener mantos con que ir aquel día á misa seis viudas pobres, que por estar sin ellos se quedan sin ella. Ordena con la mano las puntas de humo de la toquilla, no habiendo mano tan desordenada como la que compró aquellas puntas. Anochece y no desaparece entre ellas el listón de color que le dió por favor la dama, secreto parecido á su secreto, pues el favor que mas encubre le encubre de manera, que le divisan todos. Pónese el sombrero en la cabeza, y dánle el espejo; en él se hace el Galán una visita

de cumplimiento á sí mismo, porque parece que era dejar una obligacion vacía salir de casa sin haberse mirado. Agrádase de verse tan compuesto, y dáse la enhorabuena

de lindó. Deja el espejo muy pagado, compone con ambas manos las faldas de la ropilla, y empieza á caminar á la calle.



Mucho les debiera disuadir de su engaño á los que gustan mucho en galas, ver que por dar que mirar á los enriados, dejan de dar de comer á los necesitados.

¿Cuánto mejor era engalanar la piel marchita del pobre del color de bien sustentado, que alinear el cuerpo propio con gastos de mal advertido?

Yo no digo que la gente de lustre escusa de vestirse

conforme á su estado; pero en cualquiera estado, para su lustre, bastan la seda y la lana pulida. No hay persona, por señalada que sea, á quien el invierno no la vista muy bien el terciopelo, y á quien el tafetan doble no le aliñe muy bien el verano. La capa de buen paño es muy decente, y la de bayeta no es mala capa. No hay guarnicion que no sobre; en cualquiera vestido está demás; y si sir-

ve de algo, es solo de libelo infamatorio de las costumbres de su dueño.

Entra pues, nuestro Galan en la iglesia haciendo de su misma sombra espejo. Lo primero en que pone los ojos es en las damas: él quedará sin ojos. Llega delante del altar mayor, pone la punta del lado derecho de la capa en el suelo, y pone en ella la rodilla. Si el poner en el suelo la capa es limpieza, es melindre muy fuera de tiempo; y si es comodidad, es muy irreverente desahogo. ¿Atreviérase nadie á ponerse de rodillas delante de un Rey de la tierra, previniéndose de descanso y de aliño? Claro está que no se atreviera. ¿Pues por qué para estar un instante delante del Rey del cielo, ha de poner tanto cuidado en no deslucir su gala y no lastimar su cuerpo? Puesto ya allí, parece que hace oracion, y á mí me parece, segun le juzgo divertido, que no la hace.

En cumpliendo con aquella ceremonia, se levanta, arimase á una capilla, y habla con la muger hermosa mas cercana. Entra la muger hermosa en la iglesia, á pedirle á Dios que la remedie sus necesidades: pónese junto á ella el mozueto galan y parlero: húrta la atencion y

devocion con que iba á buscar el remedio, y quizá se vuelve por esto la triste sin remedio á su casa.

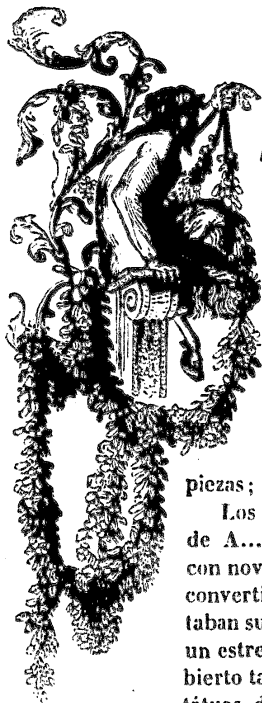
Sale una misa: y lo primero que hace el Galan que la aguardaba, es mirar si tiene señas de breve. ¡Válgame Dios! ; tanto espacio con el zapatero y con el barbero, y tanta priesa con el sacerdote! Parece á propósito, y busca un banco á qué arrimarse. Hince una rodilla en el suelo, y déjase caer sobre el banco. A quien hace esto, parece que le pesa de no tener allí su cama. El tiempo que habia de gastar en atender á aquel espectáculo divino, le gasta en ahuecarse el pelo, en enderezarse la gollilla, en mirarse los hombros, y en arrimarse con la palma de la mano la liga á la pierna. Acábase la misa, y hace con gran puntualidad la cortesía á las damas que estan cerca del. Eso sí, gran cuidado con las ceremonias humanas; pero con el acatamiento divino muy poco cuidado.

Parécele á nuestro Galan que es ya hora de comer, y mirando si le miran, dando pasos de agradar, toma el camino de su casa. En esto gastó este hombre la mañana del dia de fiesta: oyó misa sin atencion, y puso grande atencion en el adorno con que habia de ir á misa.

MISTERIOS DEL CORAZON.

CAPITULO IV.

Un amante celoso de un marido.



ALGUNOS meses despues de los sucesos referidos en el capitulo anterior, daba una fiesta magnífica la rica é ilustre Condesa de A.... A aquella sociedad brillante asistia cuanto encierra Madrid de bello, de elegante y de distinguido; así la concurrencia era inmensa;— en las primeras horas de la noche debian cantarse algunas piezas; el baile seguiria al concierto.

Los suntuosos salones del Palacio de A.... estaban adornados con lujo y con novedad singulares: uno se habia convertido en florida gruta donde saltaban surtidores de agua cristalina; en un extremo, y sobre un tablado cubierto tambien de follage, se veian estatuas de los compositores mas célebres así de la antigüedad como de los tiempos modernos:

Haydn y Bellini, Mozart y Donizetti, Pasiello y Mer-

cadante alternaban allí en perfecta armonia; un busto enorme de Metastasio descollaba en el fondo, y otros dos mas pequeños, de Romain y de Cervantes manifestaban que al propio tiempo que al génio de la música, se honraba allí al de la poesia.

La iluminacion de aquel vasto recinto no era menos bella ni menos caprichosa: no habia lámparas ni candelabros: la luz se escapaba de grandes canastillos de flores, filtrándose tambien tibí y melancólica por entre la verdura que tapizaba las paredes. Algunos targetones transparentes, donde se admiraban hábilmente pintadas ingeniosas alegorias, ó se leian nombres ilustres en la república de las artes y de las letras, alternaban con el ramage, formando una preciosa visualidad; en fin, sobre el tablado del fondo, pero invisible para todos, sonaba una orquesta dulcísima que debia acompañar desde allí á los cantantes.

La imaginacion no podia concebir nada mas nuevo, mas poético, ni mas original, que la perspectiva que presentaba el salon á cuantos entraban en él; el perfume de las flores, el murmullo de las fuentes, las armonias misteriosas que parecian brotar de cada flor, de cada arbutito, la dulce claridad que comunicaba á todo un tinte pa-

lido é indefinible, producian un éxtasis delicioso, en el cual la organizacion menos apasionada y mas fria, se remontaba á los espacios imaginarios. Por efecto de esta sensacion inesplicable, como si ninguno se atreviese á turbar el silencio que allí reinaba, juzgando que en aquel sitio solo debian tener voz las fuentes que murmuraban, los pájaros que gorjeaban, los arbustos que se mecian agitados por un céfiro suave; no se oia el rumor de animadas conversaciones: todos hablaban bajo, y al-

gunos mas impresionables y mas nerviosos, se limitaban á estrechar furtivamente la mano de algun sér querido, deseando hacerle partícipe de sus emociones.

Para que el efecto óptico fuese mayor, algunos espejos colocados de modo que reflejasen los objetos, aumentaban singularmente las proporciones de aquel admirable cuadro.—La ilusion era completa; en el rigor del invierno, dejando á fuera los huracanes y nieves, solo con dar unos pocos pasos, se entraba en un jardin ame-



no, donde se respiraba una brisa tibia, donde la primavera ostentaba todas sus galas, toda su magnificencia, toda su riqueza!

A la propiedad se habia sacrificado el lujo en los asientos; eran estos bancos y sitiales de piedra esparcidos en agradable desorden, y no observando esa simetría monótoma de los teatros y de los conciertos, que hubiera sido ridícula en semejante ocasion. Así aquella concurrencia inmensa agrupada en diversas partes, asomando ya entre un bosquecillo de naranjos y limones, ya cobijada por verdes sauces y madre selvas, ofrecia un aspecto mágico, embellecido por purísimos rostros donde se pintaban distintas emociones; por hermosas mugeres que realizaban sus naturales gracias con todos los primores de la elegancia y el buen gusto.

Las once de la noche acababan de sonar en un reló

de torre que se traslucía á través del follage, como si fuera la de un pueblo inmediato, cuando despues de una sinfonia ejecutada por la orquesta invisible se notó en el salon un movimiento de curiosidad y atencion, y una frase breve y espresiva pasó de boca en boca. Las señoras se alzaban sobre la punta de sus delicados pies, para ver atravesar á la que era verdaderamente Reina de la fiesta, por su belleza, por su gracia y por su talento. Los hombres se apresuraban á salir al encuentro, descoscos de escuchar una palabra de sus divinos lábios, de merecer una mirada de sus divinos ojos. Todos se felicitaban de la dicha de verla, y todos se deleitaban con la esperanza de oirla.

Las palabras que repetian los concurrentes unos despues de otros eran estas:

—¡La Marquesa de Vivarrambla vá á cantar!

Nadie hubiera reconocido en aquella muger brillante, seductora y coqueta, á la que pocos meses antes rechazaba con desden los obsequios que ahora admitia llena de amabilidad y de satisfaccion. Habíase verificado una completa metamorfosis; Clementina un dia tímida, melancólica, sencilla, era ya viva, alegre y maliciosa: tanto como gustaba entonces del reposo de la vida privada, mostrábase á la sazón aficionada á los placeres y á las fiestas del gran mundo; convencida por fin de su superioridad moral y física sobre cuantos la rodeaban, dominaba á todos sin echar mano de mas recursos que su ingenio y su singular hermosura. Afable y buena con las mugeres, no se complacia en mortificarlas ni en humillarlas: dulce é indulgente con los hombres, sabia no obstante tenerlos á raya con una prudente y hábil reserva. Fenómeno extraño! Las unas no la odiaban, porque no les arrebatava sus amantes; los otros no la calumniaban por mas que una repulsa fuese á menudo el único fruto de sus pretensiones. En el alto trono donde la habian colocado sus admiradores, Clementina no se mostraba vana ni orgullosa, y admitia el incienso que se quemaba en las aras, sin embriagarse nunca con su penetrante perfume.

Una falta tan solo oscurecia aquella existencia tan brillante y poco antes tan pura: era cosa no ignorada de nadie que el Conde de Peñafior habia logrado los favores de la Marquesa, desde que esta se separara de su marido. Así en todas partes presentábanse los dos juntos; las mañanas las pasaba Eugenio en casa de Clementina; despues se les veía pasear en el Prado en la elegante carretela de aquella; por último, por las noches en los teatros ó en las sociedades dábala siempre el brazo el feliz y envidiado jóven. Notábase no obstante que ella escuchaba con frialdad ó con distraccion las frases apasionadas de Eugenio, y nunca sus bellos ojos le seguian con inquietud, ni con amor cuando él se apartaba de su lado. En consecuencia, pensábase generalmente que la Marquesa desechada habia aceptado los obsequios de Peñafior para vengarse de los ultrajes de su esposo, con el espectáculo de un público desquite. De este modo se esplicaba y justificaba su conducta, siendo pocos los que se atrevian á censurarla, mucho mas cuando aun continuaban las relaciones del Marqués y de la viuda. Así el recuerdo de su antigua virtud, y el decoro que sabia conservar Clementina en medio de sus faltas, imponia respeto á los mas osados, disminuyendo su culpa en la opinion y en el juicio de las personas sensatas, y atrayéndola á la vez el interés y la compasion de los corazones sensibles y generosos.— Despues de esta necesaria digresion, tiempo es de que volvamos á la noche del concierto de la Condesa de A....

Cuando la de Vivarrambla abandonó el asiento que ocupaba para encaminarse al tablado, la elegante y compacta multitud abrió filas é hizo paso á la encantadora beldad. Por do quiera se oian las mismas frases, las mismas alabanzas: quien ensalzaba el flexible talle de la jóven, quien la blancura mate de su seno, quien la expresion imponderable de sus ojos. Como una Reina verdadera iba Clementina apoyada cual de costumbre en

el brazo del Conde escuchando complacida las lisongeras palabras de que era objeto, y recompensándolas ya con una mirada espresiva, ya con una sonrisa graciosa, ya por último con una respuesta amable. A cada paso se detenía para dar la mano á este, para dejar aspirar á aquel el aroma penetrante de su fresco ramillete, ó para arrancar una bella flor y dársela á otro, que la ostentaba luego con mas orgullo en su frac que pudiera una condecoracion magnífica y honrosa.— No se impacientaba Peñafior de aquellas detenciones ni de aquellos favores; su amor propio se hallaba grandemente satisfecho al ver á la muger que amaba, y por quien se le juzgaba correspondido, obtener una preferencia, un triunfo tan completo sobre sus demás rivales. Ebrio de felicidad y de orgullo, contentábase con los parabienes que le dirigian por un lado sus amigos, envidiando su suerte y codiciando su ventura. Sin embargo, estos cumplidos le hacian sonreirse amargamente algunas veces.



Así atravesó el salón la dichosa pareja, apareciendo Clementina muy en breve sobre el tablado; al verla allí tan hermosa, y tan ricamente prendida, sonó de repente un aplauso unánime y estrepitoso. Con efecto, era imposible contemplar tipo mas admirable de la belleza humana, ni modelo mas completo de elegancia y de buen

gusto.—Llevaba la Marquesa un traje blanco de raso, y en cima una segunda falda de encaje sujeta y levantada de los lados con broches de deslumbradores brillantes: en el pecho ostentaba tambien riquísima pedrería, y en su cabeza una corona diamantina de incalculable valor. Los negros rizos de su abundante cabello caían en desorden sobre sus hombros nacarados, y un leve tinte de rosa matizaba las puras mejillas, sulcadas en otro tiempo por el llanto, y ahora puras y frescas cual la corola de matutina flor.

El Conde despues de conducir á la Marquesa, hubo de retirarse á bastante distancia por no haber asiento alguno desocupado cerca, y Clementina se dirigió ligeramente al piano, donde la aguardaba ya uno de los primeros maestros de Madrid para acompañarla el ária que debía ejecutar.

En los bancos mas próximos al teatro hizo la suerte que se colocáran tres personajes muy conocidos de nuestros lectores; eran, Adela, el Marqués y D. Justo Paniagua. La primera no habia perdido su acostumbrada vivacidad, su singular gracejo, ni su natural descaro. Al ver á la muger á quien tan inicuaamente engañara, no se turbó ni se inmutó por eso, sino que asestándole los lentes la contempló largo rato con insultante curiosidad; pero una mirada severa y despreciativa de la Marquesa, que acabó por advertir aquel exámen imprudente ó celoso, vino á hacerla inclinar los ojos confusa y avergonzada.

Si no se habia verificado cambio alguno en la viuda, los dos hombres entre quienes se hallaba colocada, parecían completamente transformados; realizaban la figura varonil é interesante del Marqués todos los accesorios de la riqueza y del buen gusto; él antes tan descuidado en su traje, por no decir tan sucio; tan poco elegante, por no decir tan ramplon, vestia entonces con arreglo á las leyes imperiosas de la última moda; sus cabellos que antes caían sobre su levita en desiguales guedejas, estaban artísticamente divididos y rizados sobre su hermosa cabeza; su barba que crecía cual una planta inculta cubriendo la mejor parte de su rostro, se hallaba afeitada con raro esmero y perfecta simetría; en fin, en lo tocante á su adorno, el Conde de Peñafior mismo, que pasaba en otro tiempo por el primer *dandy* de la corte, se veía precisado á cederle la primacia. Digámoslo de una vez; el hombre mas distinguido por su belleza, por su gracia y por sus modales, entre los muchos que ocupaban el salon, era indudablemente el Marqués de Varrambla.

El pobre D. Justo Paniagua estaba tambien desconocido: nada se advertía en su persona, ni en su atavío que chocase con las costumbres sociales; pero vestido con arreglo al figurin recientemente llegado de París, carecia de originalidad en su traje, y de soltura en sus maneras: no se atrevia á moverse por miedo de que se le bajase el cuello de la camisa; no osaba doblar las piernas por temor de que saltase un rico pantalón de *salin* negro; en fin, no levantaba los brazos recelando descomponerse el peinado. Era en suma uno de los bellos maniqués que se complacen en ostentar los sastres

en sus gabinetes, y en los que se admira la perfeccion de sus obras, sin que los ayude nada el molde de madera ó de barro.

El Marqués respondia con distraccion cuando Adela le hablaba, mientras el andaluz con la vista fija en aquella, recogía ávidamente hasta sus frases mas insignificantes; y si la coqueta viuda le dirigía una palabra ó una sonrisa, D. Justo gozaba la dicha de los bienaventurados.

A las aclamaciones con que fue saludada Clementina al aparecer en el tablado, sucedió un silencio religioso: todos ansiaban escuchar los privilegiados acentos de la jóven, pues era tambien una eminente cantatriz. La pieza que habia elejido abundaba en pasion y en sentimiento, y sus divinas melodías supo interpretarlas con tal perfeccion, que el entusiasmo rayó en locura.—Dos ó tres veces aplaudió Luis involuntariamente; dos ó tres veces prorrumpió en estrepitosos *bravos*; el mismo Paniagua sintióse conmovido á pesar suyo por aquella voz dulce, vigorosa y vibrante; en fin, á la conclusion del ária todas las señoras arrojaron sus ramilletes á los pies de la inspirada cantante en medio de un verdadero frenesí; al propio tiempo el Marqués cediendo á la emocion que le dominaba, arrancó el suyo de manos de la viuda, y lo lanzó certeramente al tablado. Fuese casualidad, fuese cálculo, la Marquesa eligió aquel mismo entre mas de ciento que tenia á sus plantas, colocándole en su cintura con graciosa coquetería. Luego dando dos pasos para bajar de nuevo al salon, buscó con la vista al Conde, el cual pugnaba vanamente por llegar hasta ella; algunos jóvenes que se encontraban cerca acudieron á ofrecerle el brazo, pero antes que ninguno tropezó Clementina con el de su marido, que sin pensar en lo extraño de su accion, habia acudido al pié de las gradas; aceptóla ella sin titubear con su sonrisa amable, y el matrimonio, con gran asombro de los concurrentes, comenzó á andar por entre las oleadas de los que acudían á felicitar á la Marquesa por su triunfo.—Al mismo tiempo el Conde que llegaba presuroso, quedóse atónito ante aquel espectáculo inesperado. Para que se comprenda bien la singularidad de esta escena, referiremos la conversacion que entre tanto tenían otros tres personajes de nuestra historia; el abogado, el estudiante y el artista, que tambien asistían á la funcion.

—Mira, exclamaba Solís dirigiéndose al humanista, mira que cara pone Eugenio al encontrarse reemplazado por el esposo intruso.

—Saluda y se retira, añadió el pintor.

—Hace lo que debe, repuso el jurisconsulto.

—Sin duda estará furioso.

—De esta vez sus celos van á subir de punto.

—¿Sus celos? interrumpió el artista sorprendido. ¿Y de quién?

—¡Toma! dijo Solís, del Marqués.

—¡Bah! ¿Del marido?

—Ya sé que no le falta razon, prosiguió Enrique. ¡Cosa mas singular! ¡Un hombre que se enamora de su muger despues de haberla puesto en el disparadero!....

—¿De veras? replicó el pintor con no menos sorpresa que curiosidad.

—Como lo está V. oyendo; sin duda para conquistar el amor de su legítima esposa calculó que debía ostentar las ventajas personales, y ahora á su antiguo desaliño ha reemplazado la mas refinada elegancia en su traje y en sus maneras. Dos ó tres veces pasa todos los dias desempeñando las calles en un magnífico caballo, que monta con estremada gallardía, por delante de los balcones de la Marquesa, que suelen permanecer implacablemente cerrados; luego suele seguir su coche en el Prado, caracolando graciosamente detrás; en fin, por la noche se coloca en una luneta situada frente al palco de su cónyuge, á la que flecha los anteojos con frecuencia y obstinación.

—¿Y el pobre Conde?

—El pobre Conde rabia y se desespera, sin atreverse á chocar con su autorizado rival, por temor al ridículo; pues ¿qué no se diría de un amante que tuviese celos de un marido?

—¿Y la viuda entre tanto?...

—Hace todos los esfuerzos imaginables para retener al desertor que se le escapa, redoblando su astucia, su coquetería, é intentando realzar sus gracias con caprichosos adornos. Pero en valde; el Marqués se muestra frio con ella, y ella tiene de reserva para cualquier evento al infeliz D. Justo, que la ama como un tontó, y con el que sigue una táctica siugular, animándole y rechazándole sucesivamente; sabiendo que este es el modo de hacer el cariño mas duradero. Pero á propósito, véanlos VV!... Mientras el marido anda con la muger, la querida se entretiene con el suplente! ¡Magnífico! ¡Admirable! ¡Delicioso!

Y los tres interlocutores lanzaron una sonora carcajada. En efecto, Adela celosa, mal decimos, porque esto supone amor cuando en ella no existía ninguno, ofendida en su orgullo y en su vanidad, quiso seguir al infiel que la abandonaba, y para ello contó con el fácil auxilio de Paniagua.

—Amigo mio, le dijo con su voz mas dulce é insinuante, aqui hace un calor horrible: haced el favor de acompañarme á otro salon.

Y sin aguardar la respuesta del andaluz, que de gozo no supo articular ninguna, tomó su brazo, dirigiéndose á los aposentos donde habia menos concurrencia. Pero mucho sufrió la artificiosa muger al notar la sonrisa burlona con que todos la miraban, mucho mas al verse completamente olvidada y vencida por Clementina, objeto de la admiracion y del entusiasmo de todos; y en fin, llegó al colmo su ira cuando al pasar junto al Marqués, volvió este la vista á otro lado haciendo que no la veia. Con su rara perspicacia, con su conocimiento del mundo y del corazon humano, Adela comprendió que nada tenia ya que esperar de Luis; porque cosa que sucede pocas veces, la esposa habia desbancado á la querida.

—¡He perdido un amante, se dijo filosóficamente la viuda, pero ganaré un marido!

Y desde aquel momento resolvió dar á D. Justo el sí matrimonial, por el que tanto tiempo suspiraba.

Mientras, la posicion de Clementina y su esposo era equívoca y anómala.

—Ha cantado V. como un ángel, señora, murmuró él al oído de la jóven.

—Mil gracias, respondió la Marquesa sin turbarse y con una sonrisa afable.

—Su talento músico de V. se ha desarrollado, y ha crecido, añadió Vivarrambla mas animado.

—Es que lo cultivo mucho, repuso ella graciosamente. Convencida de que antes no tenia el menor atractivo, trato de adquirirlos ahora, porque sé por esperiencia lo necesarios que en la sociedad son.

—Es V. muy modesta.... y el Marqués titubeó antes de atreverse á añadir—;Clementina!

—Menos que nadie tiene V. derecho para emplear esa galantería; dijo la Marquesa sin acritud, pero con gravedad.

—; Es V. rencorosa, bien lo veo! exclamó Luis sentimentalmente; ya conozco que nunca perdonará las ofensas que la hice. ;Y es V. justa sin embargo, porque he sido muy culpable, mucho, mucho!...

La emocion del Marqués fue tan viva al pronunciar estas palabras, que Clementina le miró con atencion é interés, conmoviéndose á pesar suyo.

En aquel instante un caballero á quien la jóven habia concedido un rigodon, llegó presuroso á reclamarlo; porque los dulces acordes de la orquesta resonaban ya en los salones.—El Marqués, pues, abandonó suspirando el brazo de su muger, aunque yendo á situarse en frente de ella para mirarla bailar.—Una escena doblemente curiosa ocurrió entonces: al ver separada de nuevo á la pareja conyugal, acudieron cada uno por su lado, el Conde y Adela. Al mismo tiempo espresaban Eugenio y la viuda las propias reconvenciones, que eran escuchadas con frialdad y desden por ambas partes.

—Señora, yo no le pido á V. cuenta de su intimidad con ese hombre; respondia el Marqués, señalando á D. Justo, quien se pavoneaba orgullosamente, irguiendo con aire de triunfo la cabeza.

—Merecia V. que le diese oídos, repuso Adela fuera de sí.

—¿Y quién se lo impide á V? contestó el Marqués con una mirada tan glacial, que la viuda mas irritada que nunca se apartó de él, conociendo que no le quedaba esperanza alguna.

Hé aquí las palabras que mediaban entre el Conde y la Marquesa.

—Amiga mia, dijo él con una sonrisa graciosa, me está V. poniendo en ridículo.

—No sé por qué, repuso ella con secatura.

—Todo el mundo observa que manifiesta V. á su marido mucha mas amabilidad de la que merece.

—¿De veras juzgan eso? No importa; á fé que es cuenta mia y de nadie mas.

—Pero yo, señora, yo....

—;V. caballero! exclamó la Marquesa mirándole con asombro; ¿tiene V. algun derecho sobre mí?

Eugenio se puso amarillo de cólera, y respondió en un tono acerbo.

—Si le ama V. todavía, acuérdesse de que puedo vengarme de V. en él.

Esta amenaza asustó á Clementina.

—¡Atrévase V! dijo con acento que revelaba su inquietud.

—Me atreveré, Señora, prorrumpió Peñañor violentamente.

Al terminar esta frase acabábase el rigodon, y el Marqués impeliendo á la gente que le estorbaba habia llegado á colocarse muy cerca de su muger. Esta dando las gracias á su pareja, tendió una mirada en derredor buscando alguna persona con quien quedarse. Dos brazos halló tendidos hacia ella; el de su marido y el de su amante: eligió el del primero.

—Celebro ver la concordia tan sólidamente restablecida, dijo el Conde con una risa sardónica que tenia mucho de insultante.

El Marqués comprendiendo la provocacion, respondió:

—¿De veras la celebrais? ¡Yo creia que os mortificaba!

—¿A mí? interrumpió con aspereza el Conde.

—¡Confesad que es curioso y nuevo! exclamó Luis riéndose. Que un marido, tenga celos de un amante, eso se vé todos los dias; pero que sea *vice-versa*, es la cosa mas cómica, mas original.... mas divertida! ¡Ah! ah! ah!

Y el Marqués lanzó una estrepitosa carcajada, que acabó de atraer las miradas de cuantos estaban allí.

—¡Yo celos de vos!... repuso Eugenio con desprecio.

—¡Vos celos de mí, vos! repitió el Marqués.

—Señores.... dijo Clementina ofendida de aquella disputa indecorosa.

—Es verdad, exclamó el Conde frenético; esta conversacion no debe terminar en presencia de señoras, sino entre nosotros dos.....

—Y alguno mas, añadió el Marqués significativamente.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Clementina penetrando el verdadero sentido de aquellas espresiones.

El Marqués y el Conde se saludaron, pronunciando el primero al oido del segundo algunas palabras, que la Marquesa no pudo entender.

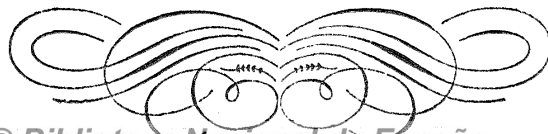
Dos minutos mas tarde solo se hablaba en todos los salones del desafío que debia realizarse á la mañana siguiente.

Clementina, cuya agitacion, cuya vergüenza se aumentaban con la curiosidad de que era objeto, sintió que le faltaban las fuerzas en medio de aquella sociedad que la observaba con una atencion y una perseverancia crueles.

—¿Quiere V. acompañarme hasta mi coche? dijo con voz débil á su marido.

Abrumado este por la palidez que cubria el bello rostro de la jóven, momentos antes tan puro y tan rosado, se dió prisa á conducirla á fuera; á poco el matrimonio entraba en un mismo carruaje, y se dirigió velozmente á casa de la Marquesa.

RAMON DE NAVARRETE.



INTERROGATORIO

hecho de orden de los Reyes Católicos por el Alcalde de Corte Fernad Yañez de Lobon al Nuncio Apostólico en España, en el año de 1180.

En la Ciudad de Trujillo dies è nueve dias de Julio del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mill è quatrocientos è ochenta años, en presencia de mi el Escribano è testigos de yuso escriptos, estando dentro en la fortaleza de la dicha Ciudad, en una ermita que està en la cofacha de la dicha fortaleza; el honrado Licenciado Fernad Yañez de Lobon, del Consejo del Rey è de la Reina. Nuestros Señores, è su Alcalde en la su casa è Corte, tomó è recibió juramento del Nuncio Francisco Ortis que ende estaba, el cual puso la mano en un libro de Evangelios que en el altar de la dicha ermita estaba, è sobre una cruz de plata; è asimismo se llegó al cuerpo de Nuestro Señor consagrado, el cual tenia en sus manos Fernad Martinez, Clérigo, vesino de dicha Cíudad, è así llegado lo adoró è besó con su boca, è luego dijo, que el juraba à aquel cuerpo verdadero consagrado de Nuestro Señor Jesucristo, que con su boca indignamente habia tocado, y à las palabras de los evangelios, è la cruz que con su mano derecha habia tañido, que el sin ningunarte, ni engaño, ni encubierta diria la verdad de todo lo que por el dicho Alcalde le fuese preguntado; y que no lo dejaria de desir por miedo que tobiere de su persona, ni por odio, ni mal querencia, ni por salvar así, ni condenar à otros, ni por otra rason alguna que ser pudiese; è que si lo contrario fiesese Dios todopoderoso, que presente estaba, gelo demandase mal y caramente, è lo destruyese en el cuerpo è en el ánima, así como à mal Cristiano que tan grande juramento quebrantaba; è así fecho el dicho juramento, el dicho Alcalde, è el dicho Francisco Ortis, è yo el dicho Escribano, è los testigos que presentes estaban se entraron en la dicha fortaleza, è luego el dicho Alcalde, so cargo del dicho juramento, fiso ciertas preguntas al dicho Francisco Ortis para que respondiese à ellas, è lo que el dicho Francisco Ortis dijo è declaró à lo que le fue preguntado, es lo siguiente:—

Primeramente fue preguntado, quién es el que le enviaba la carta que venia escripta por cifras, cuyo traslado sacado en castellano le fue mostrado; è como se llama el que gela enviaba—dijo, que por el juramento que fiso, segund tenor de la dicha carta y de algunas palabras señaladas que en ella vienen, especialmente adonde dize «*el cual siempre ha tenido enemistad, así en favorecer à Nicolás Franco, etc.*» segun lo que este confesante puede comprender, la dicha carta le enviaba Domenico Centurion, è por su mandado Joan Calzado; pero que el principal debe ser el dicho Domenico; como quier que en el cabo de la dicha carta onde dize «*pues vuestra merced sabe cuanto esto toca à Domenico, etc.*» parece en aquello no ser suya; pero este confesante cree, que aquello se puso, è por yerro, è por disimulacion.

Fue preguntado, si él tenia asentado con el dicho Domenico, è con otro alguno, para que se escribiesen por las dichas cifras, è por las palabras trocadas en la dicha carta, sinificando uno por otro; dijo, que despues de preso el Obispo de Osma, estando este confesante en Castilla, è el dicho Domenico, è el dicho Joan Calzado en Roma, le escribieron en diversas veces por las dichas cifras, è que cree segun la forma del escribir, que es por el modo de las cifras que de Roma enviaron à algunos factores del dicho Domenico, è que él gelas dejó à los dichos sus factores, antes que de acá partiese, è que este confesante para entender la primera carta que el dicho Domenico è el dicho Joan Calzado le escribieron por las dichas cifras, procuró de haber el abecedario de las dichas cifras, de los dichos factores, del dicho Domenico; en el cual dicho abecedario estaban algunos nombres trocados, è que este confesante piensa ser estos contenidos en la letra, segun la forma de ella.

Fue preguntado, por quanto en la dicha letra se fase mención en el principio de ella, que el que la escribió rescibió muchas letras de este confesante, en especial que rescibió una en la cual culpaba la remision de allá, la cual fue mostrada al Conde, que contenian estas cartas, y en qué forma iban escriptas, si por cifras è por letra llana? dijo, que este confesante, cada vez que hallaba dispuesto mensagero escribía à Roma al dicho Domenico, è al dicho Joan Calzado, à los cuales este confesante habia por una persona, que aunque al uno, la habia por escripta à los dos, aunque apartadamente non les escribiese; è que algunas veces escribía enteramente por cifras, è otras veces por letras claras, y en ellas algunas palabras de cifras, quando querian que non se supiese algo que en ellas iba; è que en las dichas letras, este confesante escribía muchas cosas que le cumplan: entre las cuales escribió algunas veces al dicho Domenico è al dicho Joan Calzado, para que procurase de su parte con el Papa, è pusiesen por intercesores al Cardenal de Sand Jorge, è al Conde Gerónimo para que fiesesen Cardenal al Arzobispo de Toledo, è Legado en todos los Reinos è Señorios del Rey è de la Reina, Nuestros Señores; è que si este confesante alguna vez escribió que lo fiesese Legado en España, que non entendia, si non que habia de ser en los dichos Señorios.—Fue preguntado, si escribió sobre ello al Papa, è al Cardenal susodicho, è al Conde; dijo, que pudo ser que les escribiese, pero que non se acuerda bien; pero que siempre escribía creencia para el Papa, la cual habia dedar Domenico, è el Conde, è el Cardenal, informados por lo que este confesante escribía à los dichos Domenico è Joan Calzado; è que algunas veces por temor que el dicho Domenico non estaria en Corte, que escribía que diese la creencia Micer Joan Bautista de Imola, informado por el dicho Joan Calzado.

Fue preguntado, qué causa le movió à procurar para el dicho Arzobispo el capelo è la dicha Legacia; dijo, que como es notorio, este confesante tiene cargo, por mandado espreso del Papa, de entender en el Obispado de Cuenca, è en otros negocios apostólicos; è que un dia presentó al Cardenal de España un breve del Papa, en que Su Santidad le mandaba que favoreciese à este confesante cerca del Rey è Reina, Nuestros Señores, como hobiese efecto la provision del dicho Obispado de Cuenca; è que en dándole el dicho breve el Cardenal le respondió muy ásperamente en público è en secreto, disiendo muchas palabras de que resultaba que este confesante non habia de su Señoría favor alguno, antes disfavor en todos los negocios; è que así mesmo lo conjeturó este confesante; porque antes de este sobre lo de Canaria, de comision del Cardenal, el prior de Sant Pedro Mártir citó à este confesante, è este confesante hobo de proceder contra el dicho Prior; de lo cual se siguió, que el Rey Nuestro Señor hobo enojo, è pareció, que en el Cardenal dar comision contra este confesante le querria desfavorecer; è que por estas causas, viendo este confesante que cerca del Rey è de la Reina non tenia quien le favoreciese; pues que el Cardenal le parecía ser contrario, que este confesante recurrió al Maestre de Santiago, è le envió un breve del Papa, è le escribió para que le favoreciese intercediendo cerca de su Alteza en los dichos negocios, è que este confesante tobo causa de le escribir; porque el Maestre habia procurado de Roma algunas cosas tocantes à su Orden, las cuales non le habian sido concedidas, è que este confesante le dió esperanza, segund lo que le habian escrito de Roma, que fasiendo el Maestre esto, que habria lo que procuraba; è que el Maestre, à instancia de este confesante, escribió tibiamente una carta

para el Rey é la Reina, é otra para el Comendador mayor é para el Prior de Uclés; otra para que las diese, é otra escribió á este confesante, en que le desía que él vernia presto al capitulo é que entendería en ello. E como estas cartas no hobieron efecto nin aprovecharon, considerando este confesante, que si el Arzobispo de Toledo viniese á Corte le podría mucho aprovechar cerca de sus Altezas, porque en la congregacion de Aguila—fuente sobre el subsidio, sin el Arzobispo haber rescibido gracias del Papa, lo habia bien fecho; é porque se desía que el Arzobispo dejaba de venir á Corte por non estar en menos estado ó dignidad que el Cardenal, que por esta causa este confesante le procuraba el dicho capelo é Legacia, é escribió sobre ello á Roma, como dicho há, porque viniese á la Corte de sus Altezas; teniendo por cierto que ternia en el Arzobispo persona que mucho los negocios apostólicos le favoreciese. E que principalmente le movió á esto el negocio del Obispado de Cuenca, porque si aquel no nasciera, quizá non lo procuraría. E que se acuerda rescibir letra del dicho Domenico ó de Joan Calzado, en que le desía que el capelo non se podría por entonces dar, pero que la Legacia creía se daría, mas que mirase este confesante que le habia de perjudicar, é que así mesmo perjudicaría á la Cámara, é que á esto, este confesante respondió, como riyéndose de lo que le escribía é disiendo, que por esto non lo debía dejar; que pues enviaba acá á Nicolao Franco é á otros, á los cuales este confesante andaba obediénte é non se le fasia de mal, que mas obediénte estaría á semejante Perlado, mayormente por el bien de los negocios; é que cuanto á lo de la Cámara, que este confesante creía, segund la manificencia del Arzobispo, que antes daría de lo suyo que tomaría nada de la Legacia. E porque este confesante habia rescibido letras de Roma asaz veces, en que se decía que todo lo que á este confesante paresciese que se debiese faser, que lo escribiese é se faría; é vía este confesante que non se fasia, nin le enviaban una bula para absolver á los que hubiesen incurrido en las censuras del munitorio, é de la sestina que viniesen á obediencia, que por esto increpaba la omision que cerca de esto se tenia en Roma.

Fue preguntado, en qué manera tenia asentado este negocio con el Arzobispo para que aceptase el dicho cargo é que os cabia en ello; dijo que despues de escripto este negocio á Roma, no antes, este confesante nunca esto habló, ni concertó con el Arzobispo, ni gelo envió á desir con persona alguna, salvo que estando este confesante escondido en el Monesterio de San Francisco de Alcalá, lo dijo al Guardian del dicho Monesterio; y asimismo cree que lo dijo á D. Vasco de Ribera, pero que no lo dijo á estos para que lo dijiesen al Arzobispo, antes espresamente lo defendió, porque este confesante non queria que el Arzobispo lo sopiese, antes que viniesen las facultades, porque no tenia en ello esperanza cierta. E que asimismo se le acuerda, que pasando por el dicho Monesterio de Alcalá un fraile Milanes, que se desía Guardian del Sepulcro de Jerusalem, el cual pareció que no iba muy contento del Cardenal, é del Arzobispo bien contento, é dijo que habia de llegar á Roma, que este confesante le rogó é encomendó que fiesse relacion al Papa del dicho negocio, é de lo que sentia cerca de ello. E que en el dicho negocio non cabian otras algunas personas, salvo aquellas que estan en Roma, que este confesante ha nombrado.

Fue preguntado, si el dicho negocio habia platicado con alguno ó algunos de los Perlados del Reino, ó si lo sabian antes que las dichas facultades viniesen; dijo que este confesante non lo dijo, nin platicó lo susodicho con otras personas algunas, salvo con los que dicho há, é de la forma que dicho tiene, pero que non sabe si alguno lo supo de Roma; mas que cree que non. Y tambien dijo, que un su Capellan, que llaman Sancho Ortis de Sueico cree que lo supo.

Fue preguntado, si el Arzobispo aceptára el dicho cargo, qué forma habia de tener en proceder contra algunas personas particulares, é quién son las tales personas; dijo que cree sin duda que el Arzobispo lo aceptára; pero que despues de aceptado, este confesante non sabe qué forma tobera en los negocios; porque el tiempo habia de ser maestro de las cosas; é que ante todo este confesante trabajára como el Arzobispo viniera á la Corte con voluntad de los Reyes, é aunque viniendo las facultades á manos de este confesante, él no las presentára el Arzobispo sin que primeramente las mostrára á sus Altezas, porque con ello esperarà de alcanzar gracia de su Sacra Majestad.

Fue preguntado, si el Rey é la Reina, Nuestros Señores, contradijeran las dichas facultades, qué forma se habia de tener para que el Arzobispo é este confesante todavía salieran con su Intinacion; dijo que si este confesante hobiera la gracia de sus

Altezas para les ir besar las manos, como muchas veces lo procuró é procurára cuanto pudiera, mediante las dichas facultades como dicho há, que siguiera lo que sus Altezas mandaran, é si caso fuera que non lo pudieran rescibir, que este confesante retoviera en si las dichas facultades, fasta que el Arzobispo hobiera consentimiento de sus Altezas; é que si el Arzobispo non lo pudiera alcanzar, que este confesante lo consultára con el Papa, ó se fuera con las dichas facultades á Roma á faser relacion á Su Santidad de todo ello; é que si despues de ido á Roma, si todavia el Papa gelo mandára que viniese con las dichas facultades contra voluntad del Rey é Reina, que este confesante por lo que habia pasado, si non fuera para venir á sus Altezas non lo aceptára por cosa del mundo.

Fue preguntado, de qué manera fue informado el Papa para que concediese la dicha Legacia, é qué causas fueron enviadas á desir á Su Santidad por este confesante para que se hiciese; dijo, que non se acuerda este confesante haber enviado á desir otras, salvo las que dicho há que á él movieron á lo procurar, é que si allá informaron de otra manera á Su Santidad, que este confesante non lo sabe, pero que cree que pornian al Papa delante el provecho que se seguia de la Legacia, en especial non llevando el Arzobispo salario alguno.

Fue preguntado, si el Papa fue informado que al Rey é Reina, Nuestros Señores, non pesaria de la dicha Legacia, antes en lo secreto les plaseria de ello; dijo que de lo tal este confesante non informó á Su Santidad; pero que cree que le informarian los que estaban en Roma é lo solicitaban, porque de otra manera cree este confesante que Su Santidad non lo concediera.

Fue preguntado, que pues es notorio, y este confesante lo sabe, que el Arzobispo algund tiempo desirvió al Rey é Reina, Nuestros Señores, y hoy en dia non está contento por non tener sus fortalezas, ¿por qué procuraba para tal persona tan grand poder, donde pudieran naser grandes escándalos é devisiones en estos Reinos? dijo, que non tenia al Arzobispo en estos dias de agora por deservidor, antes por servidor; é que pues non se habia de faser cosa alguna sin licencia é espreso consentimiento del Rey é Reina, como dicho há, que cesaban todos los escándalos; é que por ello el Arzobispo fuera mas su servidor; é que este Perlado fue escogido por este confesante, para le procurar este cargo, porque le pareció que non habia ninguno otro en el Reino que así pudiera ir á la mano al Cardenal, como este.

Fue preguntado, si este confesante procuró que este negocio non se consultase con los Cardenales de Roma antes que se espidiese secretamente; dijo que nunca tal procuró, nin lo escribió, ni aun de la forma que se habia de tener, que verdad es, que nin lo de las bulas del Obispado de Cuenca este confesante se envió por su letra á quejar, disiendo que antes que viniesen las bulas lo sabian acá, é que era mal estilo, porque aquello habia seydo ocasion de non se faser la cosa como se habia de faser.

Fue preguntado, que interesante le conseguí, ó qué partido se le habia de faser á este confesante, si el Arzobispo usara del dicho oficio; dijo que este confesante non tenia ojo á interés, nin á partido, salvo á ser reducido al servicio del Rey é de la Reina, Nuestros Señores; é que sus Altezas le perdonasen si enojo tenían del por lo de Cuenca, y así mesmo porque esto fecho los negocios del Papa se negociasen bien. E que verdad era que á este confesante se le representaba que de la dicha Legacia conseguiria honra, porque en la expedicion de los negocios, este confesante fuera el principal, pues habia seydo el principio de lo negociar, é que si los negocios apostólicos bien se fieseran, creía este confesante que cayera en mayor gracia con el Papa para le faser bien é mercedes.

Fue preguntado, qué tiempo puede haber que este confesante empezó á entender en este negocio de la Legacia; dijo, que por el mes de Febrero deste año en que estamos, poco mas ó menos, empezó á entender en ello, é que por aquel tiempo fue la primera vez que escribió sobre ello con un correo que fiso sobre los negocios de Cuenca, é que antes de aquel tiempo nunca en ello habia pensado nin entendido.

Fue preguntado, si él entendia seguir en todo é por todo la forma de la carta que le enviaban en todas las particularidades de ella; dijo que lo que tocaba á faserlo con voluntad del Rey, y á reducir mas al servicio suyo al Arzobispo, é á faser las cosas sin rigor é sin estruendo, é en todo lo á esto concerniente, que siguiera la dicha carta, porque por ella le daban buenos consejos; pero que por lo otro non fiesera cosa, nin lo tentára faser, nin consintiera que se fiesere sin que mucho conosiera que procedia de la voluntad del Rey Nuestro Señor. Francisco Ortis Nuncios apostolicus. Testigos que fueron presentes á todo lo que dicho es, é

vieron faser el dicho juramento en la manera susodicha al dicho Nuncio Francisco Ortis, é le vieron desir su dicho é depusicion, segun de suso se contiene, asimismo lo vieron firmar aqui su nombre. — Nuño del Aguila, é Alfonso de Albornós, Alcaide de la dicha fortaleza, los cuales y yo Joan de la Plazuela, escribano de Cámara del Rey é de la Reina, Nuestros Señores, é su Notario público; é otro sí escribano de la justicia en la casa é Corte é rastro de la Reina, Nuestra Señora, juramos en forma debida de derecho en manos del dicho Alcaide, que guardariamos secreto de to-

do lo que el dicho Alcaide nos diria cerca de lo susodicho; é asimismo lo que el dicho Francisco Ortis dijese é declarase por su dicho é depusicion, que non lo dijésemos á ninguna, ni alguna persona por escripto, nin por palabra, nin en otra manera alguna, sin licencia é mandado del Rey é de la Reina, Nuestros Señores, lo qual todo que dicho es, si necesario fuese, daré signado en pública forma, tornando este original; en fé de lo qual firmé aqui mi nombre. — Joan de la Plazuela.

VARIAS POESIAS DEL SIGLO XVI.

Compuestas por el P. Ignacio Buendia, monge Bernardo del Monasterio de Monsalud, copladas de un manuscrito antiguo.

I.

Lamentacion contra la lujuria.

Si valiesse el lamentar,
con mis voces y alaridos
romperia
los de los vientos y mar;
los montes y los ejidos
moveria.

Al tigre, y oso, y leon,
al lobo y puerco furioso
sin sentido,
moveria á compasion,
si mi canto doloroso
fuese oido.

Aquella frígida zona
sin duda derretiria
suspirando,
y la torrida secona
mi voz humedeceria
lamentando.

Todos los cuatro elementos,
agua y aire, fuego y tierra
convenidos,
en oyendo mis acentos
olvidarian su guerra
enternecidos.

Aquellos enjendradores
de salud y enfermedad
se olvidarian,
suspensos con mis clamores,
de su oficio; y piedad
mostrarian.

El rojo Febo y Diana,
con mi pena lastimados,
deterrian
por mi amor, de buena gana,
su luz pura, con nublados
cubririan.

El aurora refulgente,
de las gritadoras aves
alegría,
con mi pena vehemente
plañirla muy mas suaves
mandaria.

Sé que no me ha de valer
el gemir, ni el suspirar
cosa alguna;
¡no sé que puedo hacer

sino callando llorar
mi fortuna!

En culpa fui concebido,
viernes me parió mi madre
con dolor;
en Mayo nací florido,
sin sentir jamás de padre
algun favor.

La que hace divertir
la pluma, y dejar mi intento
comenzado,
de ella misma he de decir
de su maldad, lo que siento
incitado.

Es como pólvora fina
que destruye el edificio
firme y fuerte:
una serpiente malina
que nos muere con el vicio,
y dá la muerte:

Es tal como la sirena,
que mata los que adormece,
con su canto;
contraria de cosa buena
que en tal modo la oscurece,
que me espanto.

Es muy nociva polilla
que nos roe honra y fama
con su gula:
mancha que muchos mancilla,
infamia que los infama
y mancha.

Es como la contagion
que al necio con el prudente
contamina:
es como la corrupcion,
que aunque su engaño se siente
desatina.

Es como la falsa mula
que tiene buen parecer
y cocea:
como una insaciable gula,
que no aprovecha el comer
aunque mas sea.

Huyan todos los mortales
de este anzuelo pernicioso
y sucia roña;
de esta inventora de males
y tósico venenoso,
y ponzoña.

Es como la sorda lima,

hace su fecho callando
de tal suerte,
que sin sentir nos lastima;
cuando nos está rascando
dá la muerte.

Es como sol en Febrero
que cuando gustamos del
nos apedrea.
Es vil lobo carnicero,
mansedumbre con tropel,
dulzura fea.

Es árbol de hermosa hoja
sin ningún fruto ni flor,
ni provecho;
bien con que á muchos sonroja
con caída de dolor
y despecho.

Es agua mansa que ahoga
á los que en ella se meten
confiados:
es cuchillo, horca y sogá
de los que se le someten
descuidados.

Es un tan sabroso engaño,
que aunque estamos advertidos
lo queremos:
un tan pernicioso daño,
que ofusquece los sentidos
que tenemos.

Es tan pegajosa liga,
que á los grandes y á los chicos
y medianos,
como madrastra fatiga
y ata á los pobres y ricos
pies y manos.

Es lazo de la verdad,
es cuchillo del contento
y de la gloria;
róbanos la voluntad,
embota el entendimiento
y la memoria.

Es un cuidado mortal
que nos descuida de todo
buen cuidado:
un gustosísimo mal,
atreimiento sin modo
acelerado;

Es un fuerte impedimento
que ciega y tapa los ojos
de tal suerte,
que buscamos el tormento,
y abrazamos los enojos,
y la muerte.

Muchos tiene sepultados
con la muerte de su fama
que se anega;
y muchos mas, abrasados
y ahogados con humo y llama
que los ciega.

Fuiste causa que viniese
el diluvio universal,
tan nombrado;
y á Ruben le hiciste fuese
á su padre desleal
con pecado:

Su honra y fama manchaste,
y su mayorazgo honroso
le quitaste.
Con crueldad acabaste
á Sichen, mozo hermoso,
y lo mataste.

A los hijos de Judá
tú les quitastes la vida

con tus mañas;
y si alguno das ayuda
les pones á la corrida
mil marañas.

Aquellas cinco ciudades
tú las hiciste bajar
al profundo:
matas en todas edades,
y preciaste de ultrajar
á todo el mundo.

Tú causaste aquel ruid
con tanta muerte en Jecin
desastrada, cuando con celo movido
Fincees dió á un sucio el fin
con su espada.

El deshonesto Baufri,
fue el que Fincees mató
justamente
con la hermosa Corvi,
maldito que fornicó
juntamente.

Aquel hecho que heciste
en Gabaa, me hace escocer
y estar temblando,
cuando al pueblo conmoviste
á matar una muger
fornicando.

A Sanson fuerte y valiente,
en fuerzas tan señalado
y robusto,
como señora potente
la fuerza y vista has quitado
á tu gusto.

A Cenobia conmoviste
para que á José amase
suciamente:
tambien á David venciste
para que á Urias matase
cruelmente.

Aquel sabio Salomon
trajiste por la melena
poderosa:
tambien al príncipe Annon
le diste una muerte y pena
congojosa.

Los hijos del viejo Eli
por ti de su vida fueron
despojados;
solo por seguirte á ti
vemos el fin que tuvieron
degollados.

Absalon ¡mozo hermoso!
por ti á su padre ofendió
con osadía:
Adonias, mozo honroso,
á Avisag su fin buscó
con porfía.

Siete varones mataste
yernos del grande Ragnel,
tus secuaces:
claramente nos mostraste
ser enemiga cruel
de lo que haces.

Por ti, por ti los dos viejos
forjaron la traicion
contra Susana;
tú destruyes los consejos,
tú confundes la razon
y vida humana.

Al Rey Rodrigo hiciste
que á la Caba deshonrase,
de amor ciego;
y al cruel Conde moviste

para que á España abrasase
con el fuego :

Escureciste su fama ,
pusiste velo á su gloria
mucho sando :
tu yesca encendió la llama ,
tu fuego hizo la escoria
desvedando.

A Olofernes acabaste ,
de la honra y suciedad
codicioso ;
y á San Juan descabezaste ,
embajador de verdad
maravilloso.

A gentiles y cristianos ,
turcos , moros ni judíos

no perdonas.

Los zafios y los villanos ,
sienten dó llegan tus brios
si te entonas.

Tú confundes el concierto ,
tú perviertes toda ley
y la destruyes ;
ni te espantas del desierto .
ni de Papa , ni de Rey
jamás huyes.

Bien te puedes alabar
que destruyes honra y vida
á los mundanos ;
mas al fin has de acabar
y venir á ser comida
de gusanos.



Alegoría del mes de Julio.)

REVISTA DEL MES DE JULIO.

ESPAÑA.

Así como se marchitan y mueren las plantas y las flores en la triste estación de los frios , así parece que el entendimiento humano dormita por el contrario bajo la influencia de los calores estivales ; y si bien suelen encenderse las pasiones en esta época con mayor facilidad ; la razón , sin embargo , apetece gozar un momento del reposo á que todo parece convidarla. Por este motivo es

Tomo I.—JULIO DE 1845.

generalmente el mes de Julio bastante menos bullicioso é interesante que los demás , en los climas en que se siente la fuerza de los rayos tropicales. Nunca se ha advertido tanto esta verdad en la capital de las Españas como este año , pues ademas de las causas generales ha habido otras nuevas que han aumentado la monotonía y languidez del mes de Julio en Madrid. Como todos los años , ha sido considerable el número de personas que han dejado la Corte huyendo del incesante polvo y del

PARODIA DE UNA CORRIDA DE TOROS.



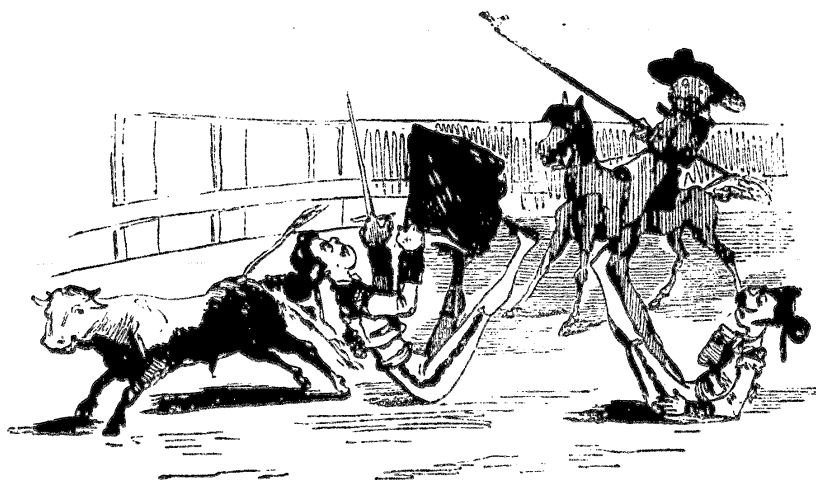
(Ellos son)



(A escojer.)

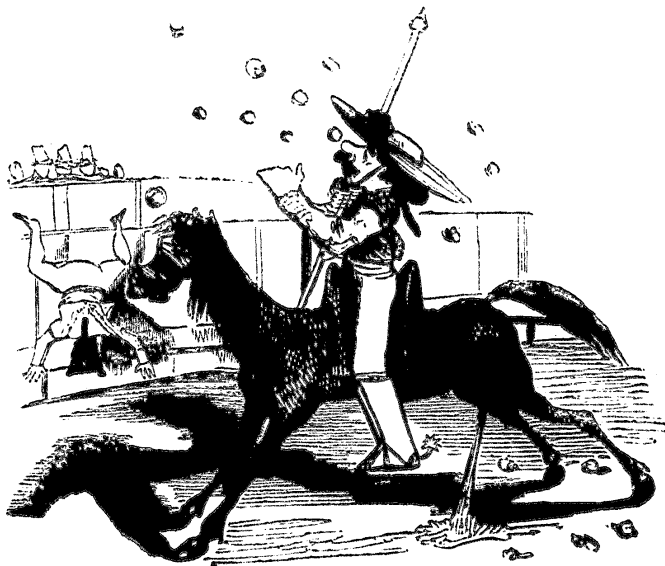


(Hasta los nuestros yerran.)



(La simetria.)

calor
los
alluc
resp
aire
tura
hay
pesa
este
cerr.
Circ
el fa
I
ciert
vez l
cipal
aten
cisan
Mar
del
do si
salva
su it
estre
A
do e
les,
rer o
una
I
de lo
grad
el se
sayo
Lice
entu
el ac
del
ra n
haco
pera



(La gracia.)

calor insoportable. En todos los sitios Reales, en todos los pueblos circunvecinos, se nota una extraordinaria afluencia, de madrileños y madrileñas, que se extasian al respirar un ambiente mas puro que el del Retiro: un aire mas fresco que el del Prado. Pero ademas de los naturales resultados de un verano medianamente caluroso, hay ademas otra causa para que las horas parezcan mas pesadas y la vida mas monótona en los presentes meses de este año. Los teatros del Principe y de la Cruz se hallan cerrados hasta Setiembre, y las funciones del teatro del Circo son el único recurso que hay por la noche contra el fastidio y el cansancio.

En este teatro y á principios de mes tuvo lugar el concierto del Señor Marchal, en el cual cantó por última vez Ronconi. Nos atrevemos á decir que el objeto principal del mismo, lo que mas debiera haber llamado la atencion de tan numerosa y lucida concurrencia, fué precisamente lo que menos agradó y cansó mas. El Señor Marchal, á pesar de escudarse con el título de pianista del Autócrata de todas las Rusias, hubiera experimentado sin duda alguna un terrible desengaño, á no haberle salvado como por milagro el tema sobre que debia hacer su improvisacion, y que siendo el Himno de Riego fué estrepitosamente aplaudido.

Aplausos tambien, y nada mas que aplausos, han sido el premio de algunos maestros bien conocidos españoles, por su laudable celo y patriótica constancia al querer crear en este pais de las pequeñeces y ambiciones una ópera nacional.

Pero sin embargo de las infinitas rémoras que á la idea de los Señores Saldoni y Espin se oponian, ambos han logrado un triunfo envidiable, el primero en su *Boabdil* y el segundo en su *Padilla*, ó *el Asedio de Medina*. El ensayo que de la primera de estas óperas se verificó en el Liceo, llenó completamente las esperanzas de los mas entusiastas defensores de la ópera nacional, á la par que el acto de la segunda que se puso en escena en el teatro del Circo, ha sido generalmente muy elogiado. Hasta ahora nada han conseguido los compositores de ambas, mas que hacer desembolsos muy grandes que quizás nunca recuperarán; y aunque ha habido en España quien premie

mas que medianamente fáciles composiciones poéticas, escasas de mérito, nadie se ha brindado todavía á dar una muestra de aprecio y de consideracion á personas que tanto lo merecen por su aptitud, su aplicacion y su patriotismo.

Este parece que será por mucho tiempo aun todo el caso que se haga en España de los hombres de talento. ¡Cuán raros son los que son premiados como se merecen! Algunos elogios, hijos de la vanidad y de la manía de querer *proteger*; algunas frases huecas, hijas de la pedantería; muchos trabajos y mucha miseria, son el patrimonio de todos ellos. La muerte del pintor Alenza que sucedió el dia primero del mes pasado es uno de los muchos ejemplos que diariamente ocurren en apoyo de este aserto. A no ser por la generosidad de los artistas que se hallaron en rededor de la huesa de su desgraciado compañero, sus restos mortales se hubieran entregado á la tierra sin que la menor señal indicase al extraño que allí se habia sepultado el cuerpo de un español ilustre, de un hombre virtuoso, de un pintor eminente. No seremos nosotros en verdad los que participando de tal indiferencia, dejemos muerta tan grata memoria, y en un número próximo esperamos consagrar algunas líneas y adornar alguna página en honor del noble y desgraciado Alenza.

Pero ¿qué nos importa que haya ó no, ópera nacional entre nosotros, mientras haya toros y toreros? ¿Pueden compararse por ventura los resultados de la una con los de los otros? ¿Quién ofrece mas interés: un artista que se muere de miseria ó un torero que perece de una cornada? Por mas que digan todos los hombres sensatos en contra de tan nobles y utilísimas fiestas, nosotros debemos preferirlas á todo, como las prefiere el ilustrado público Español. Conténtense los extranjeros con que les imitemos en todo cuanto hacemos y decimos, y no quieran robarnos ahora una aficion que tanto nos honra y que parece echar en nuestro suelo mas y mas raíces cada dia. En el pasado mes, hemos visto con orgullo que nuestra juventud entusiasta está dispuesta á defender nuestra glorias, y tuvimos á la fuerza que admirar lo perfectamente que se portó en la corrida de novillos dada en la plaza de toros; habiendo en aquella ocasion individuo de

la cuadrilla que se poseyó de su papel hasta el punto de olvidar donde estaba y de creer que tenía por espectadores á una reunión *escogida* de manolas y chisperos.

Pero no seamos injustos. Sepamos disimular *ligeros* defectillos como este en un mes en que, como dijimos al principio, está la sangre algo enardecida y las pasiones exaltadas. Diganlo sino los infinitos sucesos trágicos que han divertido y horrorizado á los habitantes de esta Heroica y Coronada Villa. Unos han muerto á sus queridas; otros á sus mugeres; y tal parece haber sido el encono de la raza masculina contra la femenina, que en el mismo instante de ajusticiar á un marido por haber acortado los días de su esposa, otro se desembarazaba bonitamente de su cara mitad cometiendo en el mismo sitio un crimen idéntico.

Absurdo sería buscar la causa de todo esto, como dicen que sería buscar la de los disturbios de Cataluña: la causa, lo repetimos, es el calor. ¿Qué catalán sin este motivo se hubiera acordado de que había quintas en el mundo? Ninguno, aunque le hubiese tocado siete veces la suerte de soldado.

Bien persuadidos de esta verdad incontestable estaban nuestros ministros cuando llevaron á la Reina á la capital del Principado; y si bien salieron fallidos sus cálculos, la fortuna de los catalanes fué que.... cedió el Gobierno!

ESTRANGERO.

En nuestro número anterior dijimos que éramos incrédulos en cuanto á la influencia en los negocios mundanos del cometa que se descubrió á principios del mes de Junio; y si algo pudiera hacernos vacilar en esta opinión, serian sin duda alguna los infinitos acontecimientos que de un mes á esta parte se han sucedido con rapidez en todos los puntos del globo. Si en nuestra España hemos tenido que deplorar tristísimas ocurrencias, otros países, segun dijo el ingenioso Calderon

Para hacerlas alegrías,
Las hubieran recogido;

De todas las catástrofes ocurridas, ningunas tan numerosas y terribles como los fuegos. Parte de Quebec ha sido completamente destruida, devorando las llamas 1650 casas, 2 iglesias y un astillero: 12,000 almas han quedado en la mas completa desnudez, y una junta de ciudadanos ha tenido que dirigirse á la caridad de sus hermanos de Europa. En New York, en Savaunah, en Pittsburgo, en Smyrna, se han experimentado tambien

los funestos efectos del elemento abrasador. Esta última ciudad ha perdido 4000 casas, siendo tanto mas sensible este golpe cuanto que empezaba á reponerse lentamente de los estragos que padeció por igual causa en 1841.

La Irlanda es tambien en la actualidad el teatro de escenas igualmente penosas aunque distintas. Rara es la semana que no trae consigo fatales contiendas entre católicos y protestantes, de las que son consecuencias naturales un sinnúmero de muertes, heridas y horrores. El fanatismo religioso presta á estos cuadros una tinta sombría y repugnante, que solo puede igualar el colorido de las escenas de devastacion y esterminio que al propio tiempo acaecen en el Libano. Los cristianos Maronitas han sufrido pérdidas inmensas á pesar de su valor heroico: dosmil almas, la mayor parte ancianos y niños, han perecido á manos de los Drusos. Por fin, se ha verificado entre ambos partidos una tregua, y el comercio europeo de la Siria ha abierto suscripciones para socorrer á los infelices cristianos.

De muy distinta naturaleza es un acto detestable de crueldad cometido por el comandante de una division francesa en la Algeria, que estaba en persecucion de una de las tribus rebeldes. Estos infelices viéndose acosados, se refugiaron á unas cuevas del Dahra donde fueron cercados. Convencido de que no querian rendirse segun se les exigia, mandó el coronel francés formar una hoguera en la boca principal, que muy en breve produjo los efectos deseados, dejando tendidos 500 cadáveres de hombres y mugeres por todo el espacio de las cuevas: los pocos infelices que aun vivian al entrar en ellas los soldados de la culta Francia, han sobrevivido muy poco á este acto de barbarie. Un hecho como este no necesita comentarios. ¿Qué se diria si le hubiesen cometido los aventureros españoles en la conquista de América?

Sin embargo, á pesar de todas estas calamidades á que se vé con frecuencia espuesta la mayor parte del género humano, la *menor*, que en nada debe pensar, no pierde ocasion de lucir con toda la locura posible el fruto de los afanes y sudores de sus semejantes. Las fiestas que han tenido lugar en Constantinopla con motivo de las bodas de la Sultana Adilé, han figurado el pasado mes en primera linea entre las infinitas que se han celebrado en todas las naciones.

Varias piezas representadas en los teatros extranjeros pudiéramos citar, aunque todas muy medianas, pero el espacio no nos lo permite. Lo haremos sin embargo en el próximo número.

JEROGLIFICOS.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

La España cuenta ingenios osados en literarias empresas.

N. 4.º

